

SUPLEMENTO TAURINO SEMANAL DE MARCA

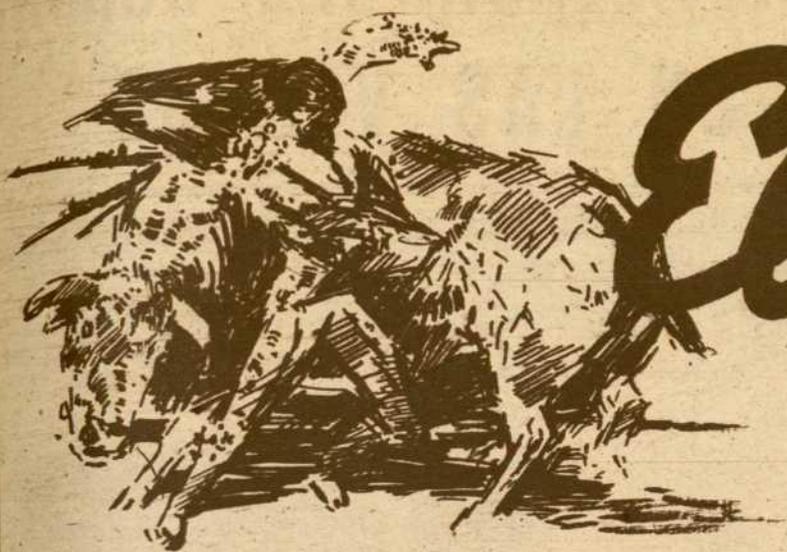
El Ruedo



2
Ptas.



En la plaza del pueblo, el torero que no triunfó busca su medio de irse

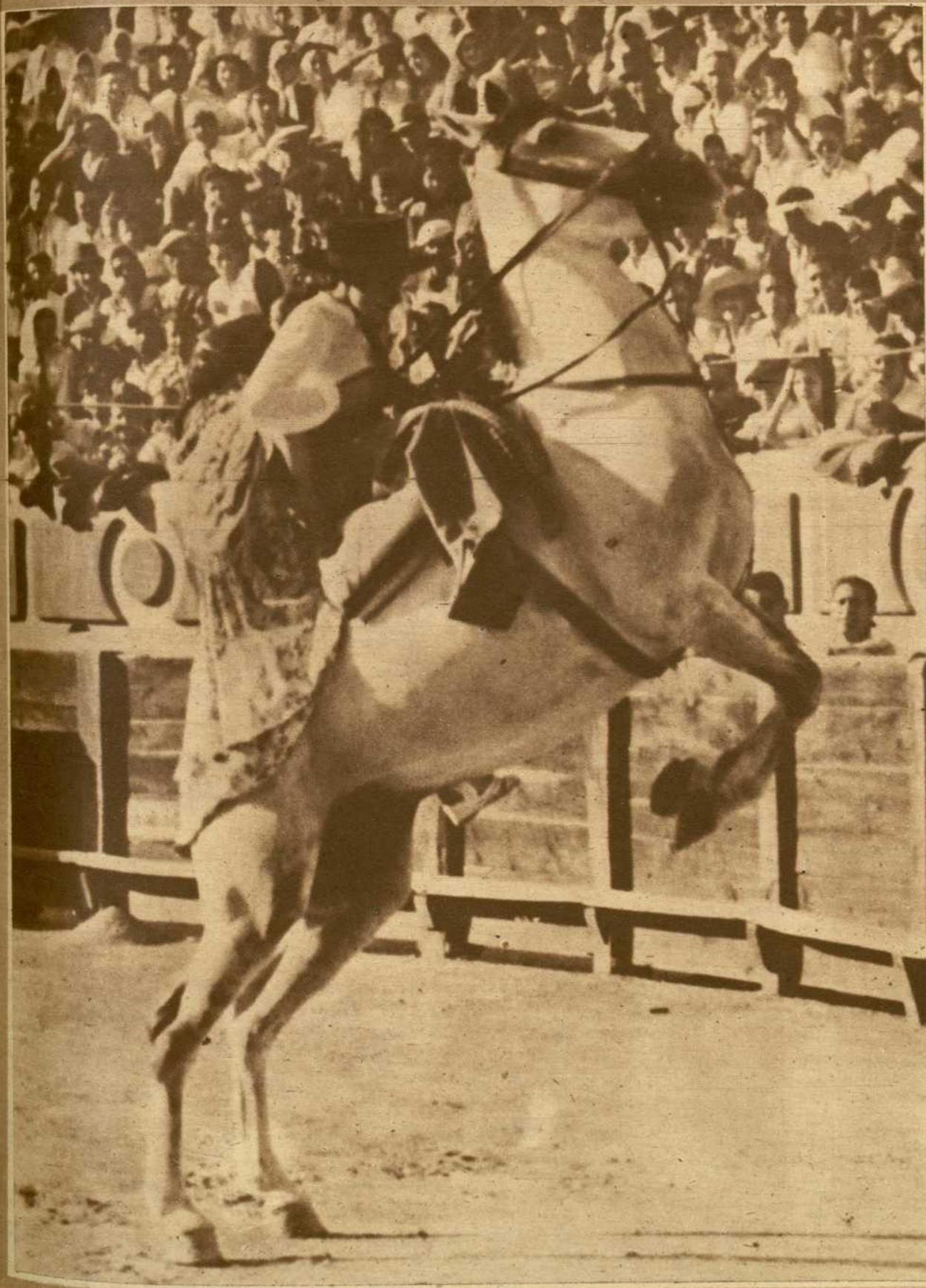


El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 5 de sepbre. de 1946 - N.º 114



LA afición al caballo es en España tan antigua como la raza misma. El español ama al caballo y se complace en dominar al noble bruto, con el que forma ese conjunto armónico que hizo pensar a las antiguas civilizaciones en la existencia del centauro.

Nada, en efecto, más bello que el espectáculo que ofrece un buen jinete cuando, dominada hábilmente la cabalgadura, hace un alarde de doma y de mando, en el que la bestia se pliega dócilmente a la voluntad del caballista.

Pero al centauro le gana la Walkiria, como es muy superior la estética de la amazona sobre el jinete. La delicadeza de la mujer, su línea grácil, contrastan con la musculada anatomía del caballo, y es entonces cuando se aprecia con más fuerza el poder de la inteligencia y la habilidad humanas sobre la foga animal y el ímpetu salvaje de la bestia.

Y vive indisolublemente unido a la fiesta de toros este arte magnífico de la equitación, porque en los toros el caballo cumple una bella finalidad, que no es precisamente la que desempeña el jamelgo escuálido del picador, ni la monta imperfecta de ese hombre que realiza el primer tercio de la lidia.

Fiesta de caballeros, caballeresca en un principio y noble siempre, la fiesta de toros tiene, con el caballo y con el toreo a la jineta, tantos puntos de conexión que bien puede afirmarse son una misma cosa.

Y ahora que el toreo a pie ha desplazado en parte a la lidia a caballo, a pesar del auge que nos llega por parte de los rejoneadores, esta silueta de una mujer, gran caballista, maravillosa escultura humana, que obliga a su cabalgadura a la empinada vigorosa y hace el paseo dando lanzadas, con otra mujer a la grupa, es adecuado prólogo a las bellezas de color y luz que promete la fiesta cuando los monigotes de oro y plata hagan el paseillo.

Acaso luego todo sean decepciones y la lidia transcurra en un sopor, por mansedumbre de las reses o impericia o abulia de los toreros. Pero el rayo de luz ha cruzado la Plaza en este instante en que la grácil amazona ha hecho el despeje, y eso lleva la fiesta ganado en sus comienzos.

Mientras de los tendidos llega el vocerío gregario de las multitudes, apiñadas y anhelantes, la amazona ha cruzado la arena, llena de sol, como promesa de un drama que se resolverá en juego de arte y de una liza en la que habrá de triunfar la gracia por encima de la fuerza.

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



ME gustaría saber la cara que habrán puesto los diestros españoles al leer unas declaraciones de don Antonio Algara, publicadas el viernes último en «Marca», en las que dice, entre otras cosas: «Teníamos una misión que cumplir: arreglar el pleito. Y conseguido esto, estimo que el beneficio lo han recogido, por partes iguales, españoles y mejicanos.» Más adelante, al referir-

se a los diestros españoles que este año irán a Méjico, dice que, como siempre, serán cinco los que tendrán contratos firmados.

El pleito está arreglado, sin duda, desde el momento en que se estableció el intercambio. Acaso se arregló a conciencia de que más vale un mal arreglo que un buen pleito. Pero esa es una mala conciencia, la conciencia propia de quienes van a sacar provecho del mal arreglo, sin pensar para nada en otra cosa que no sean sus propios intereses.

Porque no se puede comprender que, se llame reciprocidad al intercambio establecido, cuando de España salen a Méjico cinco diestros y de Méjico vienen a España veinte o veinticinco; cuando aquéllos torea allí, entre todos, treinta o cuarenta corridas, mientras uno solo de éstos torea aquí más de cien, y cuando con el arreglo novilleril ocurre otro tanto, o mucho peor.

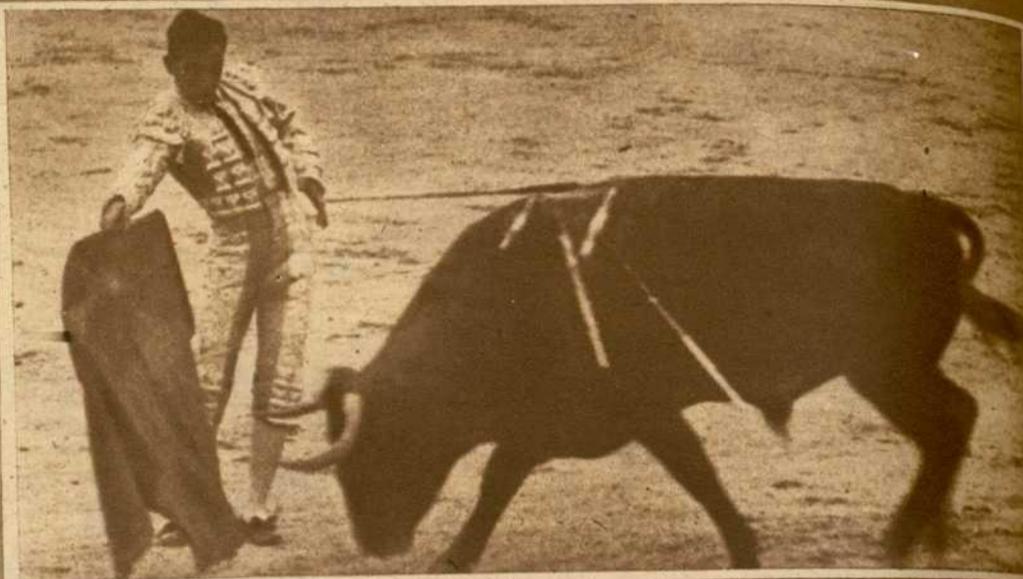
Es lamentable que diestros españoles que, por sus propios méritos, lograron brillantes puestos en el escalafón taurino antes del famoso arreglo, se quedaron después a la cola y consumieron la primera temporada hispano-mejicana viendo los toros desde los tendidos. Y es más lamentable aún que estos mismos diestros que firmaron el arreglo con la ilusión de la reciprocidad, la ilusión de ir un día a Méjico, vean alejarse definitivamente las posibilidades, porque, como dice el señor Algara, «a todos no los he podido complacer. Eso es muy difícil, porque en esto del toro nunca se siente satisfecho el torero, ni se considera complacido».

El torero español no puede considerarse satisfecho ni complacido con el arreglo; pero no por ese adverbio de «nunca», como si se tratase de seres cegados por la ambición, sino porque no se les han dado las posibilidades que en España tienen todos los mejicanos que quieren venir. Unos señores hacen sus cálculos —sus interesados cálculos— y decretan: «Estos cinco son los que pueden ir a Méjico, porque estos cinco son los que interesan al público mejicano.» Y esos son los que van aunque el público mejicano esté pensando en veinte de los que se quedaron.

Llega a decir el señor Algara, refiriéndose a un diestro español que ya hizo allí dos temporadas y que sólo en dos corridas obtuvo éxito, que es uno de los que probablemente competirá con las figuras de Méjico, por estimarse en su país que su presencia se precisa para la lucha taurina. Sería cosa de echarse a reír si tras de la decisión tan alegremente tomada no quedasen temblando de ira otros diestros españoles que desean ir y merecen ir, y ni han ido, ni van, ni irán jamás, porque cometieron la torpeza de firmar un acuerdo del que no puede desprenderse para ellos ese beneficio, repartido por partes iguales, de que habla el señor gerente de la Empresa de la Plaza de Toros de Méjico.

No creo que la cosa no tenga remedio, y es seguro que en estos días los toreros españoles podrían ponerlo, si quisieran, con sólo exigir la auténtica reciprocidad, que consistiría en que entre todos los diestros mejicanos que en la temporada próxima vengan a España no toreen aquí ni una corrida más que las que toreen en Méjico entre los cinco españoles de turno de cada año.

LA NOVILLADA DEL DOMINGO EN LAS VENTAS



Morenillo de Talavera Chico torea con la derecha a su primero

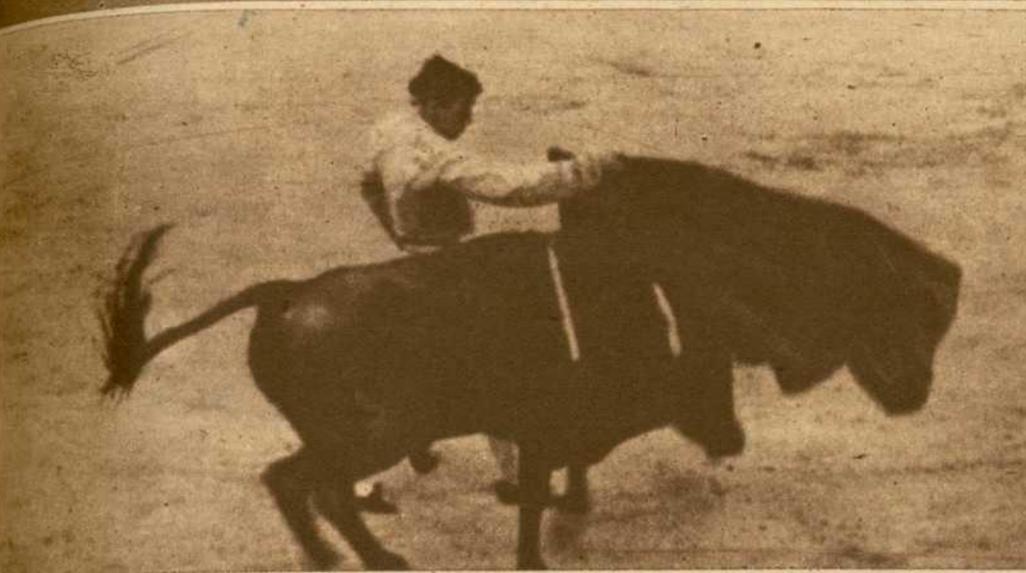


Belmonteño hace un quite con el capote a la espalda

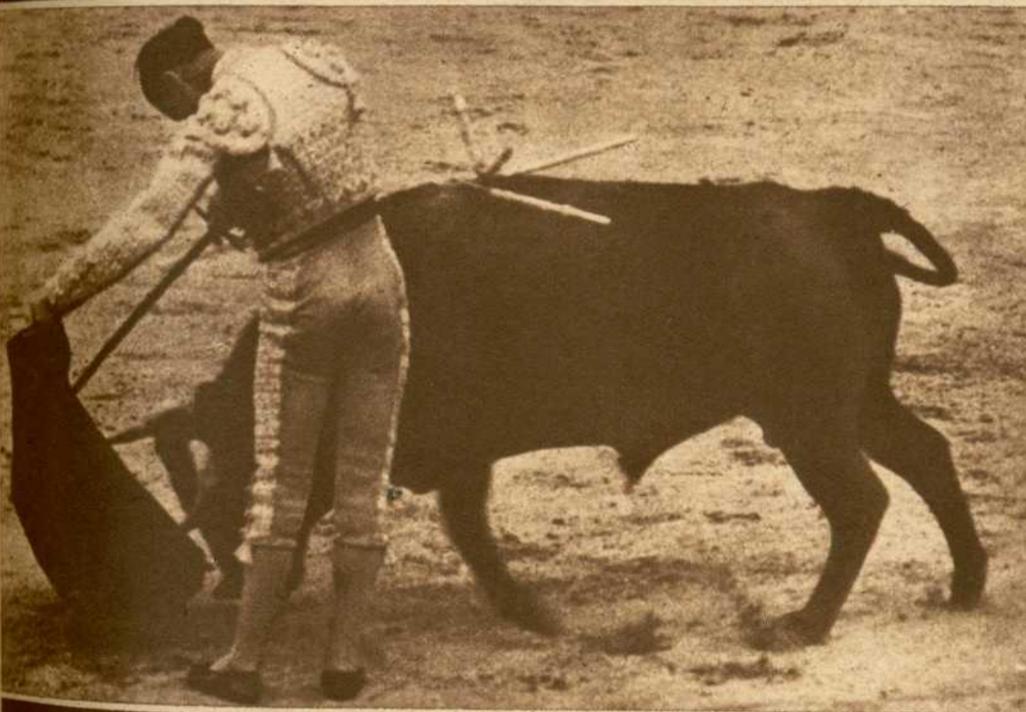


El debutante Somoza torea al natural al toro que le cogió

NOVILLOS DE SEBASTIAN GONZALEZ VICENTE PARA MORENITO DE TALAVERA CHICO, BELMONTEÑO Y SOMOZA



Un pase de pecho con la derecha de Morenito de Talavera Chico



Un pase natural de Belmonteño al segundo toro



Los peones de Somoza acuden a hacerle el quite (Fotos Mari)

LA SEMANA EN LAS VENTAS

MANSOS Y MORUCHOS

Y A se han sucedido bastantes novilladas, las de la temporada canicular, para aventurar un resumen o impresión general. En primer término, hay que hacer constar que el público ha vuelto a la Plaza sin reserva alguna. Las últimas novilladas hubieran llegado al lleno total, a no ser por un fallo organizador, el del ganado. La Empresa, que varió su rumbo anterior de presentar carteles lúgubres y sin alicientes, en el sentido de traer figuras novilleriles, que interesan, por lo menos, a cala, para ver qué tienen dentro, ha descurrido completamente la importantísima mitad —dejándolo en poco— que es el ganado.



Dentro de ese módulo de ganado recusable, la pasada semana ha constituido una sensible agravación. Los novillos de Soto fueron mansísimos, sin excepción. Foguearon uno, y esto puede agradecerlo la divisa a la benevolencia presidencial, pues otros dos, según mis cuentas, debieron acompañarle en el castigo. El quinto, sobre su nativa mansedumbre, tenía inequívocos síntomas de haber sido toreado. Como se ve, un brillante florón de la no menos brillante ejecutoria de los López Plata. Dos horas y media de corrida, empleadas en el acoso incesante de terció a medios, de medios a tablas. En sustitución del chaqueteado salió un sobrero, de Rogelio M. del Corral, noble y suavote.

Y si no digamos a una Empresa, que se supone avizada en estas lides, al más mínimo aficionado no puede extrañarle el juego de los antiguos López Plata, menos aún le sorprenderá que el ganado de don Sebastián González Vicente, antes Giménez Garrudo y mañana de no se quién, porque los moruchos son la falsa moneda que va de mano en mano, sin parar en ninguna, fuese una moruchada de más que media, medianísima o mala casta. Feos de tipo, escualidos los tres primeros y de más romana la segunda mitad, desigualados, como en suma de remiendos, sólo dos, segundo y tercero, se dejaron torear, aunque con mal estilo. El resto fué manso y peligroso, tirando cornadas, defendiéndose, frenando, buscando toda la gama de lo recusable.

Poco sitio queda para los novilleros, pero es que tuvieron que bailar al mal son apuntado. Hemos visto a varios que van muy cerca de la alternativa, que toman como un vermout, y la verdad, ninguno nos parece puesto. Nadie sabe torear de capa, y apenas alcanzan a dar los pases de moda cuando el novillo viene claro. El jueves, González y Vizeu dieron un curso del mal lance pegoletero de los pies juntos. Belmonteño da un paso atrás, se sale de suerte y es basto. Con la muleta se hundieron éste y González, y sobresalió el lusitano en tierra de ciegos. Este, con sus ribetes de pintoresquismo, tiene valor, se para, redondea con la izquierda y cala con decisión. Su manera de banderillar, al menos por lo que vemos, parece cosa de broma.

El domingo, el debutante Somoza nos sorprendió veroniqueando, ¡al fin!, dentro del buen estilo. Lo que ya nos sorprendió menos fué, dados sus aun escasos conocimientos de sitio, que en la faena de muleta anduviese achuchado y el toro lo quitase de delante. Morenito Chico estuvo con ahinco y valor como para que se le aplaudiese, y Belmontino, a la tercera, se nos ganó la calificación de que tiene buenas cosas, cosas no conseguidas ni con mucho, cosas a medio hacer y nada más. Para matador, ni hablar. Para redondearse, es muy posible. Pero le hacen falta mimbres —muchos novillos— y tiempo. Yo así lo considero, y creo que me pongo en lo justo. En plan de fenómeno, el público, de uñas con él, puede empezar a tener razón por una vez.

EL CACHETERO

A VISTA de TENDIDO

LA LUMBRE QUE SE
APAGA.—EXTRANJEROS
ILUSIONADOS.—CAIDAS
Y DERRUMBAMIENTOS.—
¡MAL ASUNTO!

HAY corridas en las que se enciende desde el principio la llama del entusiasmo, y hasta el final arde y brilla con resplandores de faenas y lumbre de aplausos y ovaciones. Pero, en cambio, hay otras en las que la llama inicial se va apagando, apagando, en un proceso de itinerario mortecino, y el término es un humo de pitos, un negro tizón de siseos. Así sucedió con la novillada del domingo.

Venían con nosotros en el autobús, ese autobús que sale de la Cibeles, y junto al cual resueña todavía el grito de «¡A la Plaza!», como una evocación de los viejos tiempos, dos extranjeros de cabeza rubia y habla nasal, ilusionados con la promesa del espectáculo taurino. Con el sol de septiembre todavía brilla la calle de Alcalá, y aun hay gentes con ropa y cara de fiesta, que andan de prisa, camino del Coso, dejando tras sí la estela humosa de sus cigarrillos puros. Los extranjeros miraban todo con ojos bien abiertos, y en su conversación saltaban esos vocablos intraducibles de la jerga taurina, que por fuerza tienen que decirse en castellano. Al llegar a las Ventas, entre resaca violentos y hervor de muchedumbre, acudieron a las taquillas, donde los encargados del despacho gritan y atienden con prodigiosa movilidad los pedidos, después de tatuar con golpes tremendos sobre el tampón y el papel, los billetes. Y los extranjeros seguían, sin perder detalle, todo el ir y venir, el flujo y reflujo, la marea humana que choca y rompe contra el redondo edificio de ladrillo, el arribo de la jardinera de los picadores, la mancha escarlata de los «monos», el paso, casi fantasmal, de los delgados jamelgos, y el paso rápido del coche de las cuadrillas, con los trastos en el techo del automóvil...

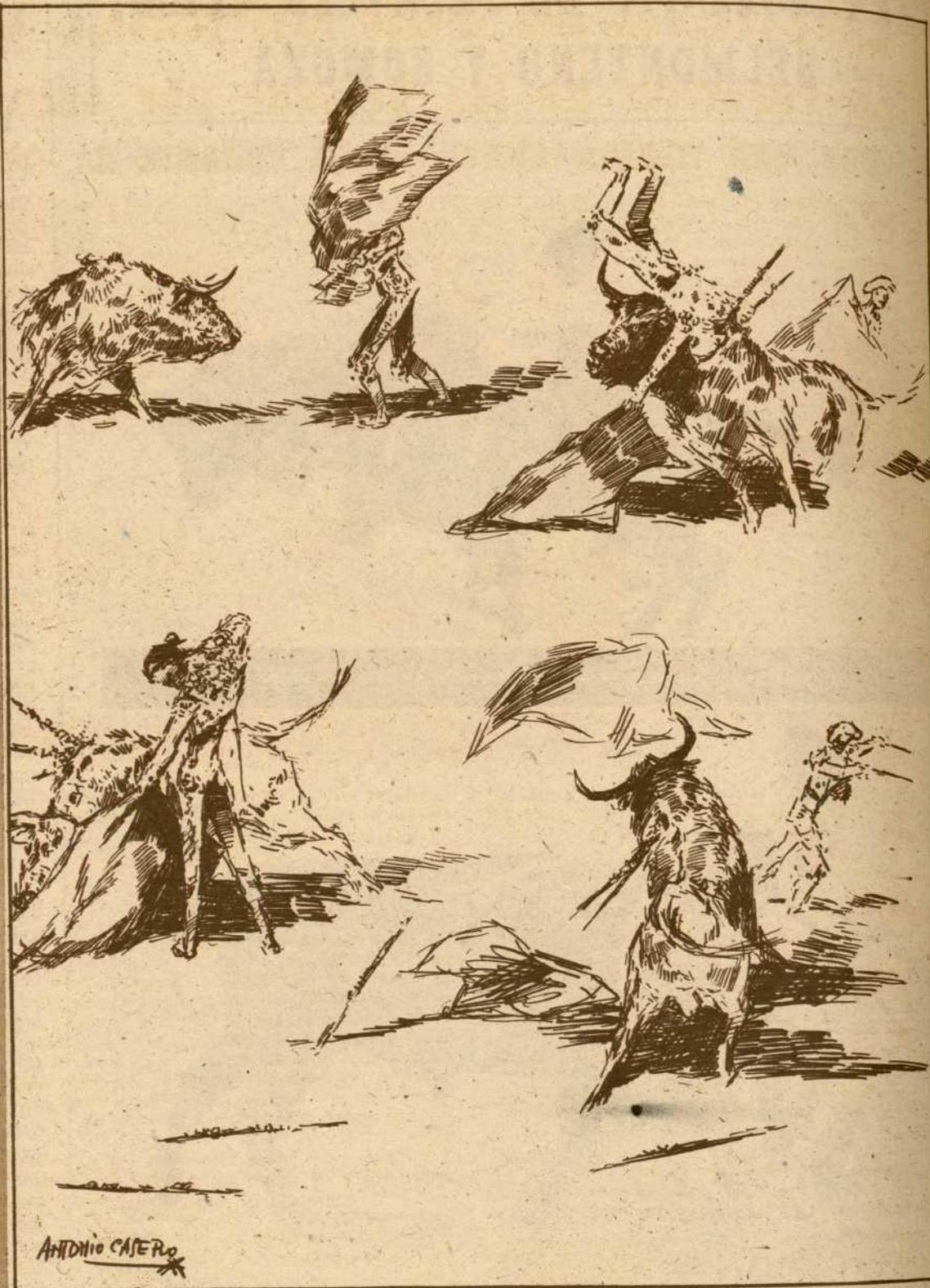
Todavía estaba encendida la llama de la ilusión. El prólogo de la fiesta es lo único que no defrauda nunca. Ni el pregón de los vendedores de almohadillas, que aseguran están rellenas «de pluma de pato», ni tal o cual propaganda, como la de entregar falsos telegramas urgentes para el anuncio de una película, o la consigna publicitaria sobre la barrera, que invita «a fumar sin miedo», porque existe tal o cual dentífrico. Ni el pasodoble de la banda, ni la salida de los alguacalillos, a los que un espectador se dirige diciendo: «¡Ya os habéis ganado el sueldo!...» Y es porque, en el fondo, ese espectador se siente defraudado de la parte puramente contemplativa que a los susodichos alguaciles corresponde; querría verles delante del toro, convertidos en rejoneadores, y no moviendo sus ropillas negras y sus plumas de colores en la impunidad del callejón.

Cierto que en la lidia siempre hay incidentes pintorescos, detalles insospechados e imprevistos,

AL PREPARAR SU MALETA NO OLVIDE
COLONIA
Gualda
AHUYENTA LOS INSECTOS
UNA SOLA FRICCIÓN EXTERMINA EN
EL ACTO TODA CLASE DE PARASITOS
FRASCO PEQUEÑO - 750 Ptas. (Impuestos incluidos)

EL LAPIZ EN LOS TOROS

De la corrida del domingo en Madrid, por ANTONIO CASERO



El aire es el peor enemigo de los toreros. Véase cómo un capote cubrió por completo la cara de un banderillero...—La cogida de Somoza en el tercer toro.—Un natural de Belmonteño, y en el quinto toro, gran lujo de capotes por las alturas, y banderillas, muchas banderillas por el suelo...

que pueden llamar la atención de los extranjeros y hasta de los indígenas. Pero el domingo pasado, todo corrió a cargo de las caídas. Fueron incidentes de derrumbamiento. A Morenito Chico se le cayó la montera antes del brindis, y cuando ya había brindado chocó el cubrecabezas contra el borde de la barrera y se vino al suelo, con lo que pareció que brindaba al público, y no era así. También se caían los novillos, flosos de patas. Y no digamos los caballos que no podían resistir el terrible viento. Por cierto que a un penco blanco tuvieron que apuntillarle por perezoso y tumbón. Y luego salió otro jamelgo, exactamente igual, como si el apuntillamiento hubiera sido una farsa... También los matadores sufrieron frecuentes desarmes: estoques y muletas rodaron por la arena incontables veces. Y se cayó un peón en la cara del novillo, salvándose por la prontitud y rapidez del quite. Y el debutante de Zamora, que a muchos costaba recordar que se llama Somoza, padeció tantos tantarantanes que cayó al suelo conmocionado y hubo que llevarlo a la enfermería. Y Morenito nos dió un susto tremendo, con una

falsa cogida de inglé de esas en que vemos al torero aupado en el cuerno... Luego resultó que, por fortuna, sólo tenía la taleguilla rota; pero en un principio la emoción fué de miedo.

A Belmonteño no se le cayó nada. Bueno, sí se le cayó la oportunidad de quedar bien. Algún juego de muñeca, algún destello, con la muleta más que con el capote; pero al terminar estuvo tan soso, tan pesado y tan aburrido, que nos hizo olvidar hasta los detalles que podían salvarle.

Sentíamos la misma decepción que debían padecer los espectadores extranjeros que con tanta ilusión habían tomado el autobús en la Plaza de la Cibeles. La novillada terminaba con una luz triste, con un público que sentía prisa por abandonar su localidad, y con humo de pitos, y con esas conversaciones que nada tienen que ver con el espectáculo: «¿Dónde estuvieste veraneando?», «¿Ha venido ya tu familia?...» «¿Qué vas a hacer esta noche?...» «Se siente ya un poco de frío...»

Festejo de llama apagada. ¡Mal asunto!

ALFREDO MARQUERIE

ENTREVISTA CON GIMENEZ GUINEA

La curación de las heridas por asta de toro

«HOY UNA HERIDA GRAVE PUEDE CURARSE EN QUINCE DIAS.»

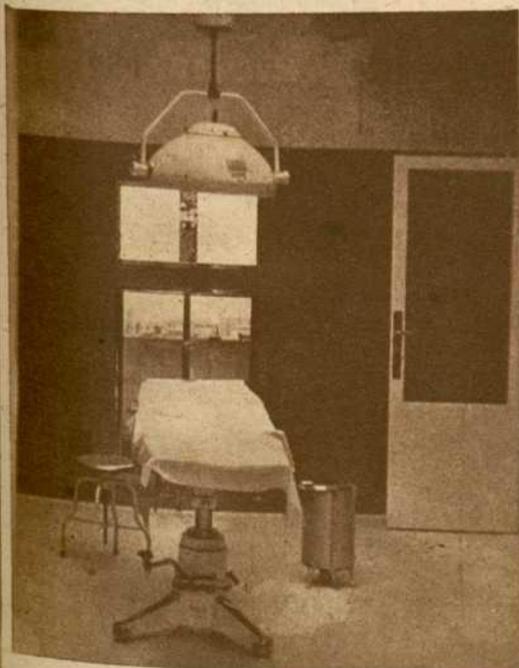
Se habla de enfermerías. Se comentan los partes facultativos y los pronósticos alarmantes, y luego que, a los pocos días, los toreros, por fortuna, y en la gran mayoría de los casos, están totalmente curados. Suenan los términos técnicos de traumatología y de los fundamentos fisiopatológicos...

—Doctor Giménez Guinea, ¿quiere usted hablarnos algo de todo esto para los lectores de EL RUEDO?

Porque los lectores de EL RUEDO saben de sobra quién es el doctor Giménez Guinea, médico director de la enfermería de la Plaza de Toros de Madrid, el hombre que firma esos partes que se insertan al final de las reséñas de las corridas.

Pero no todos conocerán algunas particularidades de estas curaciones rápidas, y difícilmente la conjunción tan exacta que se da entre la personalidad actuante y el motivo de la actuación, como ocurre en el caso del doctor Giménez Guinea. Conjunción nada fácil de conseguir, por ser precisamente las intervenciones quirúrgicas en Traumatología las que requieren, por lo general, una más penetrante intuición científica y mayor conocimiento anatómico general y especial, aparte de un dominio de los fundamentos fisiopatológicos, ya que en las lesiones por asta de toro siempre se presentan una o varias facetas lesionales anatómico-funcionales completamente nuevas, que requieren para su solución quirúrgica una terapéutica peculiarísima. Que es, indudablemente, el «quid» del éxito.

Esa es precisamente la diferencia que existe entre una intervención quirúrgica por lesión orgánica previamente estudiada y las operaciones en Traumatología, en las que sólo el sentido anatómico-funcional perfecto del operador y la adecuación de múltiples técnicas puede llevarlas a feliz resultado.



He aquí el quirófano de la enfermería de la Plaza de Toros de Madrid, donde opera el doctor Giménez Guinea



Desde este burladero presencia el doctor Giménez Guinea las corridas y desde él observa el accidente, cuando se produce, para intervenir con la máxima rapidez y eficacia

Mas no sólo eso se necesita en la operatoria traumatológica, sino, además, una documentación real de los grandes síndromes post-traumáticos, puesto que, por lo general, los pacientes con grandes heridas a su entrada en la enfermería presentan un profundo estado de «shock», y no pocos presentan el cuadro de una anemia aguda post-hemorrágica, que, so pena de un tratamiento adecuado, puede malograr la más concienzuda intervención.

Todas estas características de un buen cirujano-traumatólogo se dan en el doctor Giménez Guinea, en cuya pericia está la mejor garantía para los lidiadores.

—Vamos a ver, doctor Giménez Guinea, ¿cuántos años lleva usted en su especialidad de cirujano?

—Llevo muchos. Recién terminada mi carrera, ingresé, por oposición, como profesor en el Hospital Provincial, y desde el año 1926 llevo la jefatura de uno de los servicios de Cirugía del referido Hospital.

—¿Dónde inició usted sus primeros pasos quirúrgicos?

—Mis primeros pasos los inicié al comenzar la carrera de Medicina, ya que, sin abandonar las otras materias médicas, mi inclinación fué quirúrgica. Mi padre fué cirujano notable de su época, mi maestro, y era catedrático de la Facultad de Medicina de Madrid, donde explicó durante muchos años la cátedra de Operaciones y Anatomía Topográfica, y, como le digo, yo quería ser lo que era mi padre: cirujano. El condujo mis pasos como hijo y como discípulo. A su lado aprendí cuanto sé. A él se lo debo todo.

—¿Desde cuándo está usted dirigiendo el servicio quirúrgico de la enfermería de la Plaza de Toros de Madrid y el del Sanatorio de Toreros?

—Ambos servicios llevo dirigiéndolos desde el año 1939, en que, por concurso que impone el Reglamento vigente de Espectáculos taurinos, me fueron adjudicados; pero antes ya había prestado servicio en la enfermería, cuando los médicos del Hospital alternábamos en ello.

—¿Cuántas intervenciones quirúrgicas lleva usted realizadas en heridas por asta de toro?

—Muchas; no puedo precisar el número exacto, pues, aparte de las de la enfermería de la Plaza, hay las de los toreros que traen de toda España al sanatorio.

—¿Cuál fué la herida por asta de toro más grave que usted trató?



El doctor Giménez Guinea

—He tratado muchas de suma gravedad; pero, a mi juicio, la de mayor consideración fué la que sufrió Pascual Márquez (que en paz descanse.)

—¿A qué toreros de la actualidad les ha operado usted de heridas graves?

—A muchos; entre ellos, recuerdo de momento a Manolete, Arruza, Belmonte, Manolo Martín Vázquez, Cañitas, Julián Marín, Arana, Machaquito y tantos otros que escapan a mi memoria.

—¿Quiere decirnos algunas de las reacciones psíquicas más destacadas del torero a su ingreso en la enfermería?

—En general, la entereza con que soportan el percance, en la que se marca significativamente su contrariedad por ver interrumpidas sus actuaciones profesionales y sus triunfos.

—¿Cuáles son las heridas que usted considera de más difícil solución quirúrgica?

—Hoy, ninguna, porque la Cirugía se encuentra en un auge tan elevado, de tanto avance, que la situación para el cirujano está resucita, y sólo depende, claro es, de las complicaciones.

—¿Se dan en los toreros casos de simuladores?

—Jamás.

—¿Se ha beneficiado la cirugía que usted practica, como cirujano de los toreros, de los adelantos conseguidos en la presente época de la Medicina?

—Desde luego; el tratamiento de las heridas de asta de toro se ha beneficiado grandemente de estos adelantos, pues la evolución y curación de las mismas son completamente distintas a épocas anteriores. Hoy día, creo que no se puede llegar a más: curar una herida grave, aproximadamente, en quince días. Esto, lógicamente, produce un natural desconcierto en la opinión, dado que parece realmente un contrasentido que un pronóstico sea muy grave y el herido se encuentre curado en un espacio de tiempo tan reducido; pero hay que tener en cuenta que el cirujano tiene que catalogar estas lesiones, aunque la evolución de la aplicación adecuada y rápida de estos adelantos hagan que la herida o heridas tengan una cicatrización completamente normal.

—¿Es usted aficionado?

—Desde luego, pues de no tener afición no concibo ser cirujano de los toreros, teniendo que soportar tantos espectáculos taurinos; pero tengo afición y entusiasmo por la fiesta.

—¿Qué suerte considera usted la más peligrosa?

—Creo que todas tienen su riesgo; pero, a mi juicio, la más peligrosa es la de matar.

—¿Qué tercio de la lidia prefiere usted?

—Para mi gusto, el más bello es el tercio de banderillas; pero una buena faena de muleta me deleita, y cuando está bien ejecutada por un torero artista y dominador, creo que es el mejor de todos los tercios de la lidia. Al menos para mí, como modesto aficionado.

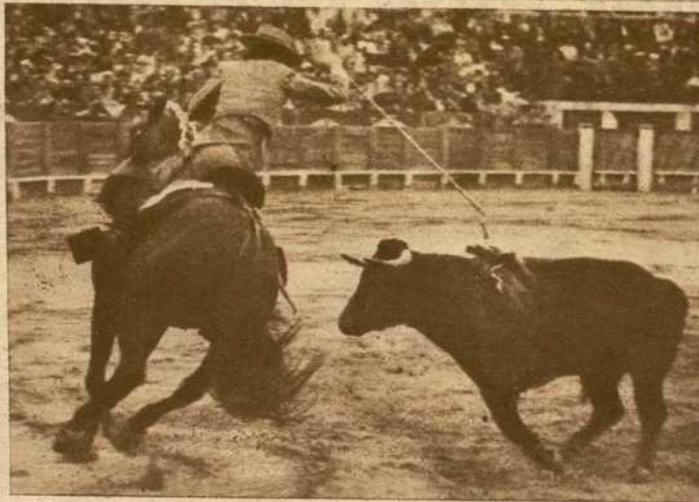
LUIS TOLEDANO

**LACORRIDA DE TOROS
DE ARANJUEZ**

**Reses de Atanasio Fernández
Conchita Cintrón, Pepe Luis,
Antonio Bienvenida y Luis Miguel Dominguín**

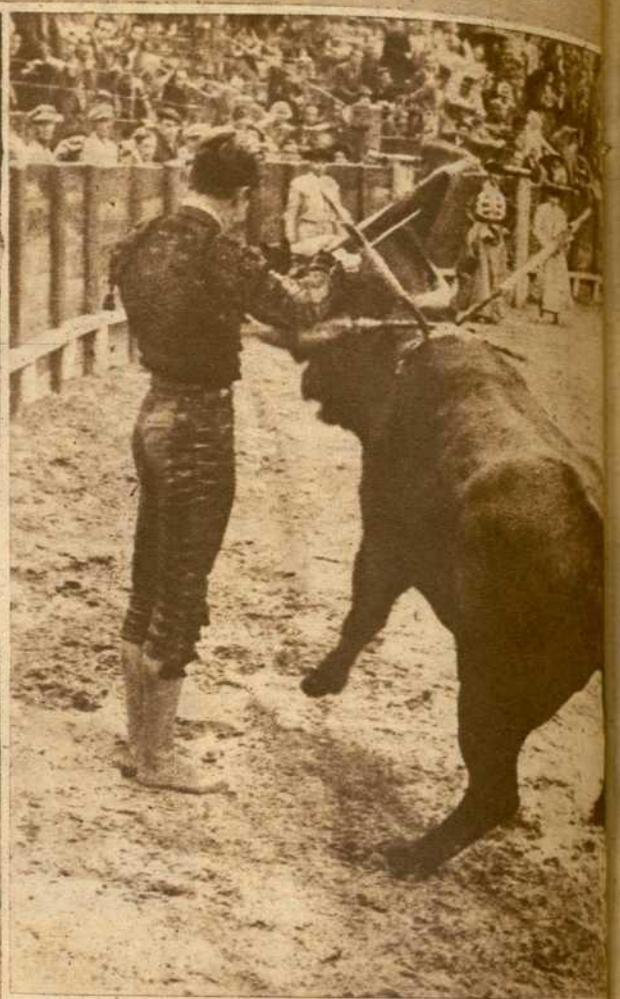


Pepe Luis es auxiliado después de la cogida emocionante que sufrió

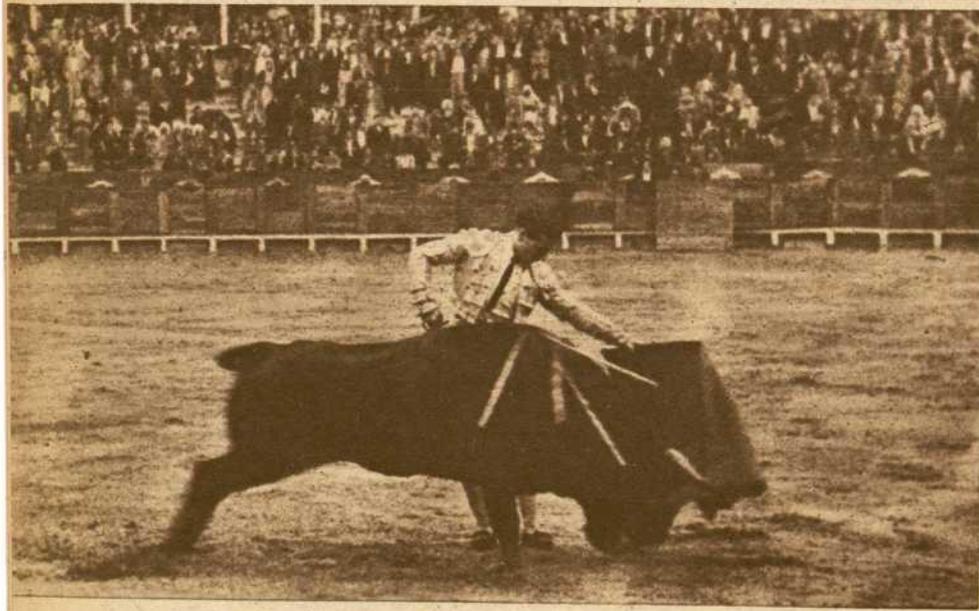


Conchita Cintrón clava un rejón magnífico al de Atanasio

Un buen pase con la derecha de Pepe Luis Vázquez



Un muletazo por alto de Luis Miguel Dominguín



Antonio Bienvenida torea al natural al toro que mató

Los toreros, después de reconocer el ruedo, acuerdan que no es posible continuar la lidia y se suspende la corrida después de muerto el tercer toro



Pepe Luis, solo en los medios, es corneado por el toro

El público hubo de presenciar la lidia del toro de rejones y los tres que se torearon a pie resguardándose de la implacable Huvia que cayó sobre Aranjuez (Fots. Zarco)



EL PEON de BREGA



Va detrás en el paseo
y en la vida...
Algún día fué,
en sueños, tan buen torero...
¡que ya no había más que ver!
Pero se quedó.

La suerte
llega a veces, y otras, no.
En este juego de muerte
y de gloria... no ganó.

Toreó en pueblos, en «cerraos»,
bichos grandes,
«resablaos»...

¡En Plazas, donde la sangre,
adorna hasta los «tejaos»!

Mató bien... Era valiente;
pero... le faltó el «aquél».
Se fué arrugando su frente
y se perdió entre la gente
que vive del toro.

El
fué «uno más». Cuatro corridas
al año, cuatro enganchones.
¡Por caños de cuatro heridas
se fueron cuatro ilusiones!

El hombre, al principio, quiso
«sostener el tipo»; hablaba
de «fechas» y «compromisos»,
y la gente... le escuchaba.

Luego, ya no. Hasta que un día,
venciéndose la desgana,
dijo a un «as» de nombradía:

—«Sácame en esa «corria»
de Concha y Sierra, mañana.»

—«Pero... ¿tú?»

—«Ya ves, «vencio»
y «cansao» de navegar.»
¡Como las aguas de un río
que nunca encuentran el mar!

Desde entonces, cabizbajo,
hace su paseo triunfal
como el que marcha al trabajo
para ganar un jornal.

Dobla el toro con presteza
y, a veces, siente el afán
de templar y de pararse...,
y la larga es... ¡la tristeza
de los sueños que se van
y ya no pueden soñarse!

Cuando algún amigo viejo
le aplaude desde el tendido,
hay en sus ojos reflejo
de lo que pudo haber sido.

Al mirarse uno, entre tantos
jornaleros del toreo...,
¡parece empapado en llanto
su capote de paseo!

En las tardes de «ovación»,
al dar la vuelta al «anillo»
acompañando al espada,
¡cree que es suya!..., y hay un brillo
de emoción
en su mirada.

Silencioso y pensativo
consume su aburrimiento
recostado en la barrera.
Tiene un vencimiento
altivo,
«como si con él no fuera».
¡Sabe que no hay en los cielos
sol para su día triunfal!...

(Pero un ángel, compasivo,
le manda un toro de viento,
que... ¡se temple entre los vuelos
del capote
de percal!)



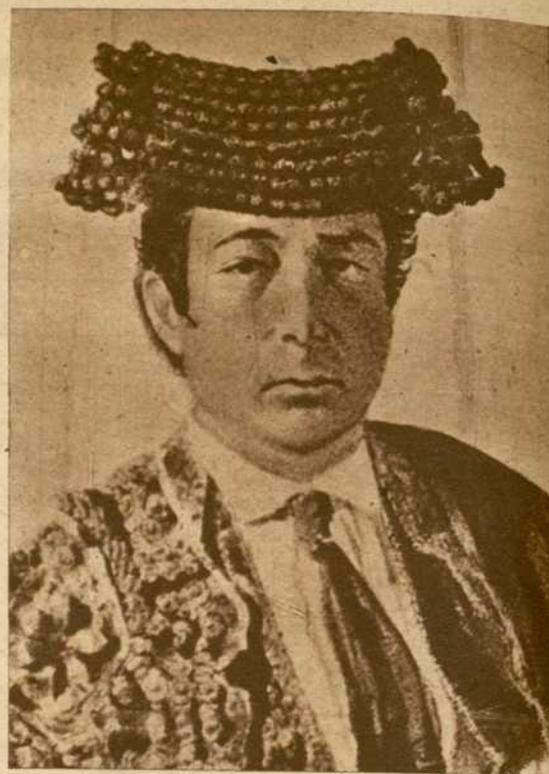
El Gallo

DEL TOREO DE ANTAÑO

CUCHARES, EL GORDITO

Y RAFAEL EL GALLO

descabellaron
sin entrar a matar



Cúchares

ANTIGUAMENTE, los aficionados daban una importancia considerable a la estocada,

hasta tal punto, que toda lidia iba encaminada a preparar el toro para la llamada suerte suprema. Nadie pudo pensar que a un lidiador se le ocurriese descabellar al toro sin haber intentado entrar a matar, y, sin embargo, Cúchares fué quien realizó tal «genialidad», imitándole después el Gordito, y más tarde Rafael el Gallo.

Se celebraba en la Plaza de Toros de Barcelona, el 11 de septiembre de 1853, una corrida con cuatro toros de Lesaca y cuatro de Ferrer, para Curro Cúchares y su hermano Manolo, actuando de medio espada Antonio Sánchez, el Tato.

Cúchares, después de estoquear a su primero, intentó el descabello con poca fortuna, por lo cual el público le demostró su desagrado; en vista de ello, y para demostrar su seguridad, dió unos cuantos muletazos al tercero de la tarde, cuando el público esperaba ver la suerte suprema, lo tumbó de un certero descabello. El público se dividió en dos bandos: unos, protestaron, y otros, aplaudieron; estos últimos considerándolo como un rasgo de valor, ya que, si no acierta, la cogida hubiera sido inevitable.

Diez años después, el 26 de abril de 1863, se celebraba en Madrid una corrida con reses de Muñoz y Miura, en la que tomaban parte Cúchares, el Tato y Gordito; y este último espada, después de ejecutar con el sexto toro de Miura una faena compuesta de cuatro naturales y uno de pecho, descabelló sin intentar dar la estocada.

Lo mismo que diez años antes, hubo un gran sector del público que aplaudió al Gordito, y la Prensa, reconociendo el valor que supone la suerte, protestaba de que el Gordito adoptara el recurso de descabellar sin ejecutar la suerte de matar, a pesar de que una parte del público se lo pidiera por estar el toro en tablas.

Y, por último, esta genialidad no podía faltar en el repertorio de Rafael el Gallo. Toreaba el «divino calvo» una corrida de toros nocturna en

San Fernando, con el diestro Sebastián Suárez, Chanito. Uno de los toros tomó querencia con un caballo

muerto, y el Galló, en vista de que el toro se le iba a cada pase en busca de la querencia, se colocó de manera que el caballo quedaba entre el toro y el torero, y cuando nadie lo esperaba, sin preparación, terminó con su enemigo de un descabello, y como había ocurrido

con sus antecesores, hubo una buena parte del público que ovacionó la muerte instantánea.

Desde 1853 a la fecha no ha progresado el público en lo que se refiere a entusiasmarse con el descabello, dándose continuamente el caso de que una buena faena de muleta, seguida de una estocada ejecutando la suerte con limpieza, haya obtenido, como único premio, un saludo desde el tercio por haber fallado el descabello. Y cuando al cabo de cerca de un siglo no se ha podido hacer ver el escaso mérito de acertar el descabello, comparado con las demás suertes de la lidia, pierdo la esperanza de que cambie su criterio.

Y ya que hemos desempolvado el hecho curioso del descabello, vamos a citar otra curiosidad, que tal vez sea la única que se ha presentado en la larga historia taurina:

Se celebraba en la Plaza de Sevilla, el 29 de abril de 1865, una corrida en la que tomaba parte el espada Francisco Martín Padilla, apodado el Corneta. Los toros pertenecían a la ganadería de Miura, y el Corneta estaba pasando lo suyo con el toro Remendao, al que no podía dominar.

El gran torero Antonio Sánchez, el Tato, le pidió al Corneta los avíos, e hizo una faena de muleta para dominar al miureño, al que dejó cuadrado, entregando espada y muleta a su compañero, el cual entró a matar dando un pinchazo y una gran estocada, quedando asombrado de la facilidad con que había matado aquel toro gracias a la humanitaria intervención del Tato.

Otros hechos parecidos a éste demuestran la destreza de el Tato, que tan alto lugar supo lograr en los anales de la tauromaquia.

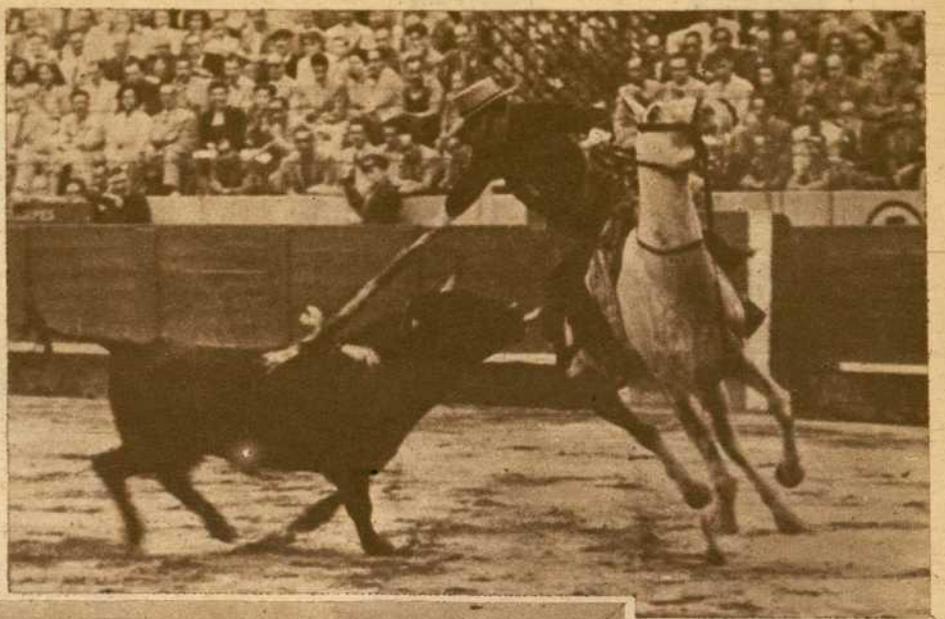


El Gordito



Pinohermoso torea pie a tierra al toro de rejones

Pepote torea con la derecha a su primero



El duque de Pinohermoso pone un gran par de banderillas (Fots. Valls)

Morenito de Talavera ve cómo rueda sin puntilla su primero

CORRIDA DE TOROS EN BARCELONA
Reses de JOAQUIN BUENDIA
Un toro de rejones para PINOHERMOSO
PEPE BIENVENIDA, MORENITO DE TALAVERA Y ARRUZA

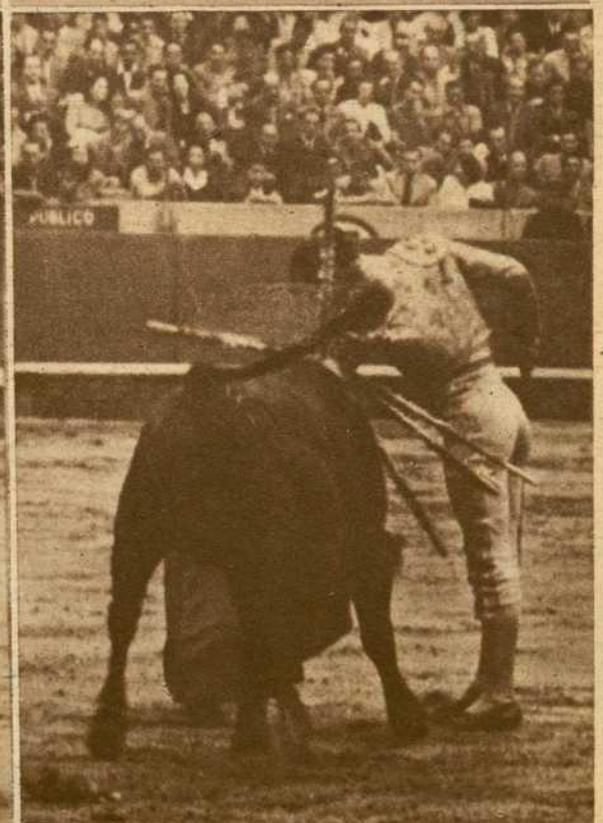
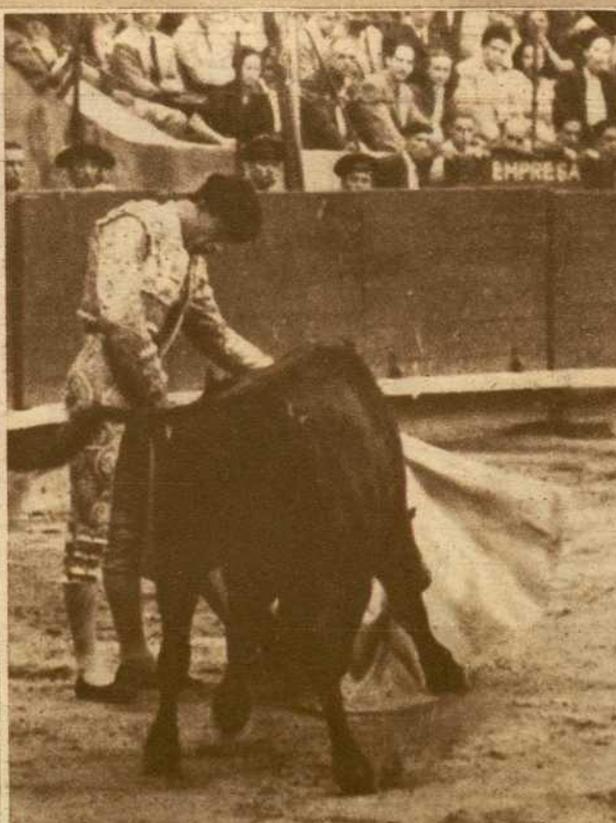
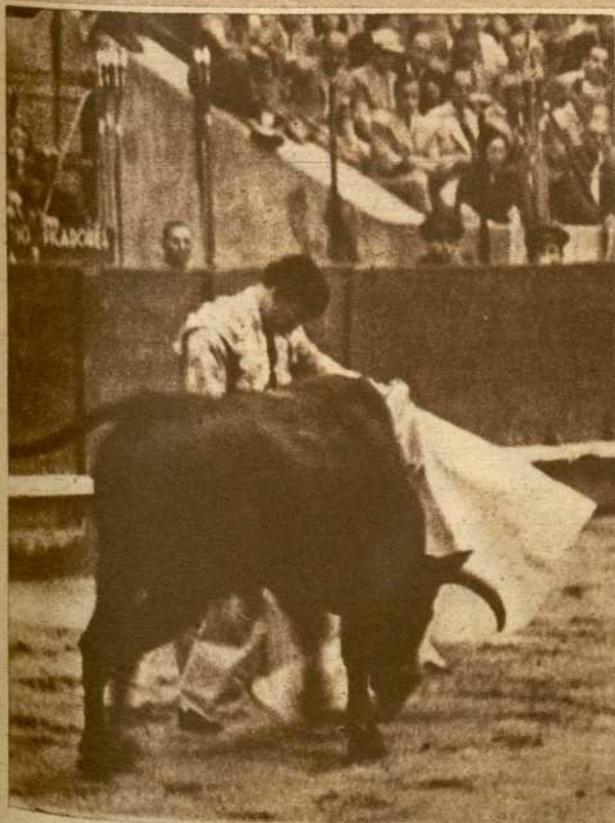


Una verónica de Pepe Bienvenida



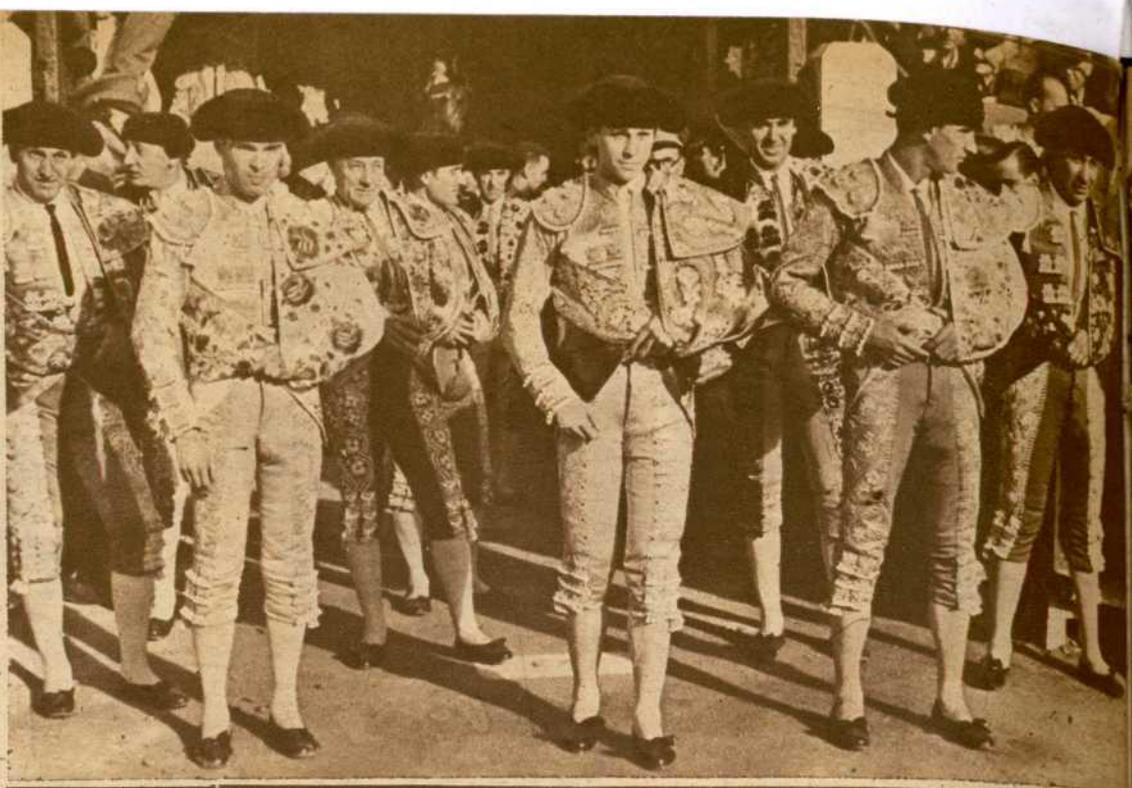
Una verónica de Carlos Arruza

Arruza inicia el pase de pecho





Carlos Arruza cede los trastos al Vito



Las cuadrillas preparadas para hacer el paseo

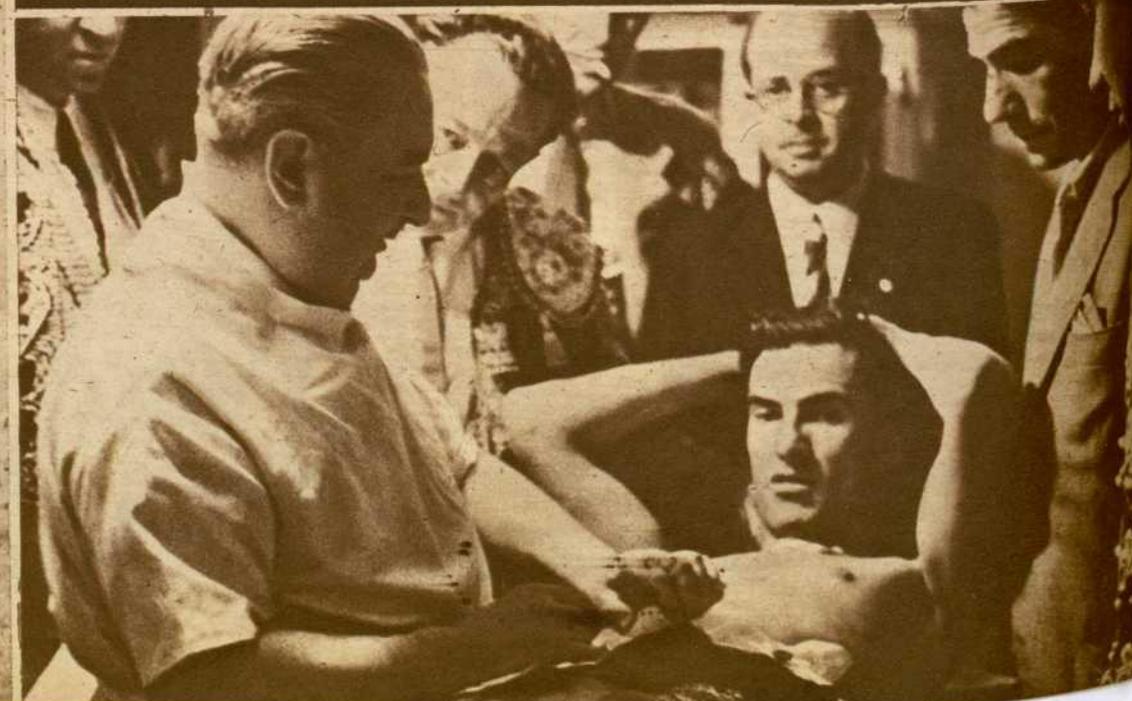
Alternativa del VITO en Valencia

Un pase con la derecha del Choni al toro del que cortó la oreja



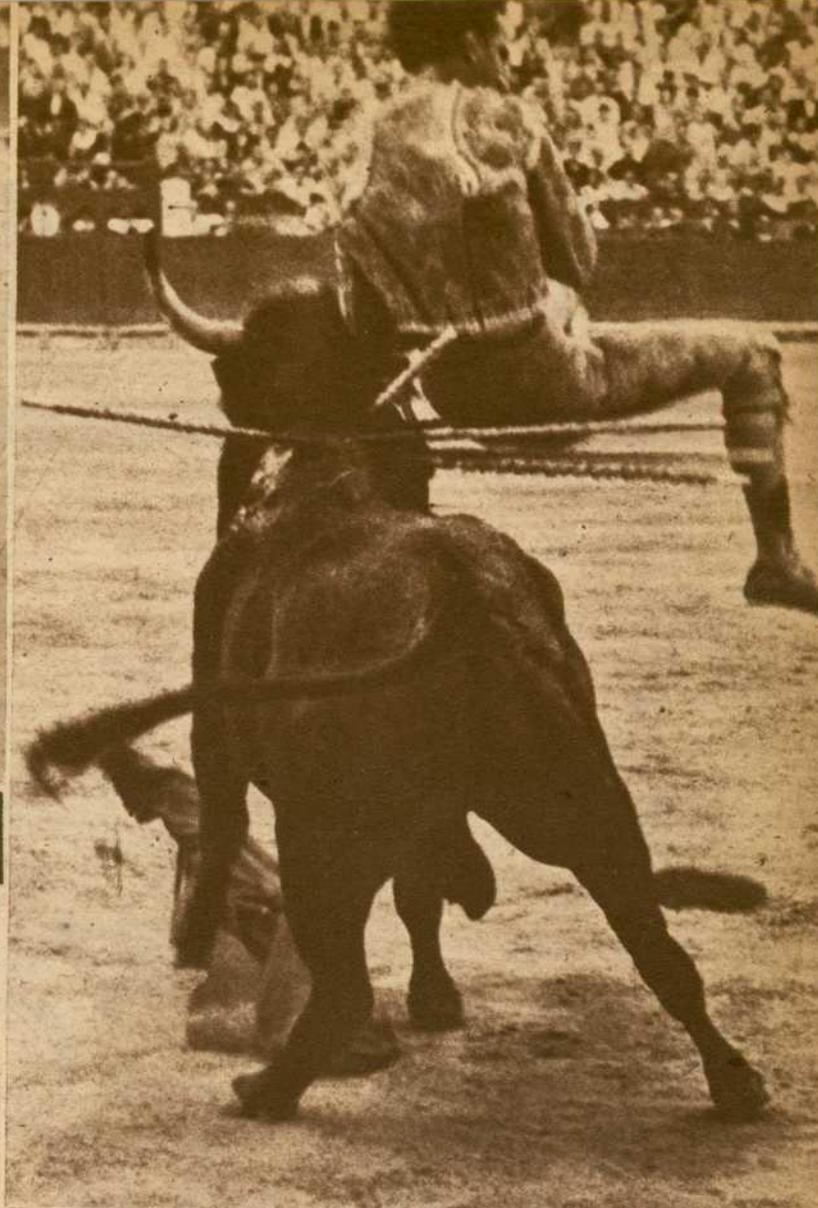
Arruza termina un quite con el capote a la espalda

El mejicano es reconocido en la enfermería por el doctor Serra

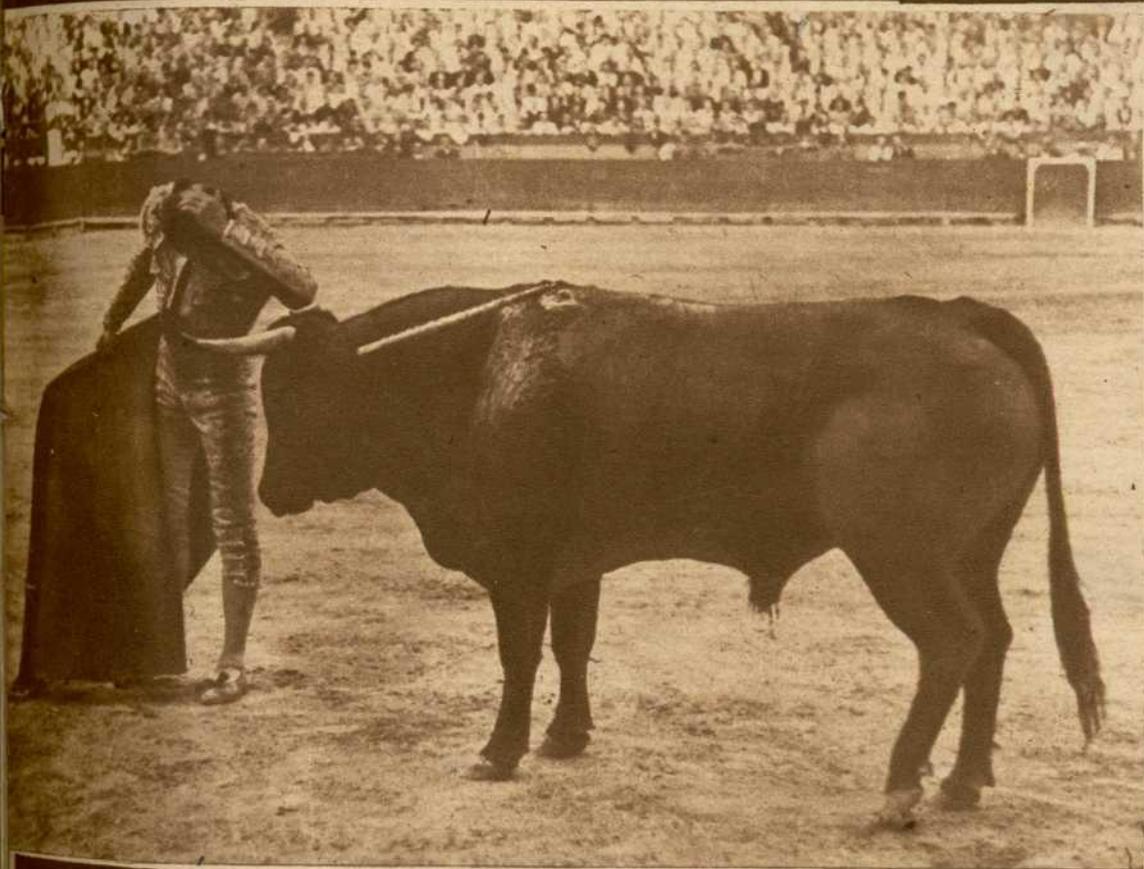




Vito torea al natural al toro de la alternativa



Gogida de Arruza por su segundo toro



Arruza se adorna durante la faena al segundo toro

El Choni remata un quite con media verónica



Toros de don Felipe Bartolomé, para ARRUZA, VITO y EL CHONI

El Choni brinda su primer toro a Arruza. Al fondo, el Vito presencia el brindís (Fotos Vidal)



EL AZAR de los TOROS



UNA corrida de toros es la sucesión prefijada de suertes iguales en tiempos iguales. La lidia de seis toros tiene seis tiempos reglamentados para picarlos, seis para banderillearlos y otros seis para matarlos. Considerado así este cuadro de posibilidades previstas, tendremos en él la más premiosa representación del aburrimiento. ¿Qué es lo que, sin embargo, se opone al aburrimiento? El azar. Y en el azar, y no en el arte de los toros, está el secreto de la fiesta de los toros.

Los juegos de azar —ruleta y treinta y cuarenta— tienen también sus tiempos y suertes reglamentados. Si en ellos no se arriesga dinero, que es una forma de arriesgar la vida, los juegos de azar propiamente dichos son también la más patente representación del aburrimiento. En el azar de los toros tenemos al público como banquero y al torero como punto.

El público, banquero, da, quita y no pierde nunca. El torero, punto, todo lo expone. El toro es lo imponderable, lo imprevisto contra lo previsto, el designio sin designio del azar. La emoción es la ganancia del banquero. La cornada, el albur del punto.

¿Qué es lo que debe hacer el torero-punto para defender su postura, que es su vida? ¿Sabe el torero, en verdad, lo que le acecha cuando inicia el paseillo? Ni el torero ni nadie. La corrida a priori es una interrogación, una X. Por eso, tengo para mí que el momento más admirable del valor del torero es aquel en que, terolando garbosamente el capote en la cintura, pisa la arena en pos de lo desconocido.

Cuando las cuadrillas despliegan sus luces en el ruedo, la tarde torera se viste de luz. El espectáculo es espectáculo en el gran sentido de la palabra. Alegría, expectación, locura... ¿Quién puede sospechar que bajo tal apariencia orgiástica esconde la tragedia su carátula impávida de horror? Y, sin embargo, está ahí... La tragedia asiste también al espectáculo.

Y el torero está ahí... Vedle cómo avanza al frente de la cuadrilla. Es ágil, elástico, sonríe... Todo él es vida en vibración juvenil. Le vemos llegar a la incógnita de una tarde... ¿Sabemos acaso cómo ha de volver? ¿Lo sabe él mismo?

Ni él ni nosotros. El torero está frente al azar.

Y lo busca. El torero valiente busca el azar. Lo provoca y lo desafía. Contemos sus pasos. ¿Estos pasos del torero lo acercan a la muerte? ¿Son los últimos pasos de su vida? El torero lo ignora. Si lo supiera, no sería torero. El torero sólo sabe una cosa: el peligro en los toros se sortea con valor, destreza y ciencia profesional. Todo ello lo atesora su corazón intrépido de veintitrés años.

Pero... bien a su pesar, un remusguillo insidioso le cosquillea en el alma. Nadie tiene seguridad en lo futuro. Y lo futuro dramático en este trance de salir a torear es inmediato, relampagueante: cosa de minutos, de segundos... ¡Cuánto valor hace falta para ceñirse el capote a la cintura y salir al son de la música!

En el azar, el punto vigila su azar. Cuenta las cartas de la baraja, la corta; puede comprobar la nivelación de la rueda en la ruleta; se rodea, en fin, de todas las garantías para eliminar lo imponderable del azar.

¿Y el torero? ¿Ha vigilado su azar? ¿Se ha dado cuenta exacta de que torea en una Plaza lugareña, donde toda imprevisión, toda incuria y toda rutina tienen —o pueden tener— su asiento secular? ¿Sabe si en esta Plaza de feria polvorienta hay el equipo quirúrgico necesario para disputar a la muerte la vida de un hombre? ¿Ha cambiado siquiera una palabra con el médico destinado a defender su vida en el caso posible de que su vida penda de un cabello?

No se sabe. Lo que salta a la vista es que el muchacho, seguro de sí mismo, tiene una bella confianza en el talismán de su juventud. Y esta es una de las caras del azar. Veamos la otra.

El torero despliega la muleta en la suerte de matar. Estudia a su enemigo. Calcula y sopesa la lidia que conviene, tanto a su seguridad como a su fuero. Y cuando decide pasarle con la derecha, un espectador, que sin duda sabe más que el torero, le grita desde el tendido:

—¡Con la izquierda!
—¿Es justa y permisible esta observación de un hombre a salvo de todo riesgo dirigida a otro hombre en trance de todo riesgo?

El torero está ante la cara del toro. Su pelvis, arca de su vida, en línea directa y próxima con el cuerno de la fiera. Esta colocación, simple y trágica, es en potencia la cornada, la tremenda cornada clásica, con desgarros irreparables, que desborda las entrañas al exterior y pone al descubierto el peritoneo: la cornada tipo de Pepe-Hillo, de Curro Guillén, del Espartero, de Joselito, de tantos otros...

Nuestro joven espada no piensa en ello. En esta colocación suprema interpreta el grito del espectador como un deseo de todo el tendido. Es valeroso y no teme. Y como quiere complacer, complace. Desafía al azar...

El torero cambia de mano y propósito y es alcanzado pavorosamente. Sus compañeros, al retirarle de la arena, miran con horror un chorro de sangre que le brota de la ingle... Le toman en brazos. Le llevan. ¿Adónde?

¿Hay enfermería en la Plaza? Aquí asoma la otra cara del azar, cara desmelenada, de Medusa. Contra el azar no hay previsión, cierto; pero ¿tampoco las hay contra las causas que lo determinan? En la Plaza no existen los elementos clínicos necesarios para salvaguardar una vida humana...

¿No hay elementos clínicos y se celebra una corrida de toros!

El médico, o los médicos, con toda humanidad, salen al encuentro de la vida que se escapa. Pero la vida, que no espera, fluye de las arterias rotas por minutos, por segundos, por milésimas de segundo...

Y el torero, que pocas horas antes era todo vida en vibración juvenil, es ahora todo muerte en estertores...

Y hasta otra. Esto, a fuerza de ser actual, parece

inactual.

FEDERICO OLIVER

EL PLANETA DE LOS TOROS MIGUEL PRIETO



Dos de las últimas fotografías de Miguel Prieto

BIEN recorrió el planeta de los toros, en su medio siglo de vida, Miguel Prieto. Lo fué todo en él, menos torero. Empezó humildemente de ayuda de mozo de espadas, y terminó de apoderado de figuras de la torería, de representante de Empresas importantes, de ganadero. Todo ello logrado poco a poco, con un afán constante, con una perseverancia ejemplar, con honradez —que es como, en definitiva, se triunfa en la vida, pese a las pilladas de los pillines— y por supuesto, con trabajo, con mucho trabajo. Confesemos que esto es raro en el planeta de los toros. La mayor parte de sus habitantes —que, como ya sabemos, pertenecen a un mundo distinto del terreno— viven, o pretenden vivir, sobre la base de la holganza. Nada de trabajar. Dado que el planeta de los toros es un mundo de fantasía, lo que en él se ambiciona es alcanzar la riqueza sin ir a ella, esperando que caiga una tarde en el ruedo de una Plaza de Toros. Un Fulano, esa tarde «vuelve el torero», y por consecuencia, una serie de señores van a vivir espléndidamente, merced a tan venturoso acontecimiento. Pero van a vivir sin azacarse de aquí para allá, sino sentaditos en la mesa del café, fumando habanos. Y si esto no sucede, ellos, después de todo, no lo notan mucho, siguen en su café, con su cigarrillo de picadura. Miguel Prieto no era de éstos. Miguel Prieto iba al café, pero a trabajar, a hablar con éste y con el otro, y en seguida se iba a otro quehacer. Miguel Prieto no era de esos apoderados, especie de amas de crías secas, que van a todas las corridas con sus niños de la mano, como si su presencia en el callejón y en el cuarto del hotel y en los corrillos taurinos de las ferias, fuera tan indispensable como la del torero en la arena.

Miguel Prieto tenía un gracejo andaluz del fino, que pudiéramos llamar gracejo de manantial, porque fluye con espontaneidad, sin buscar la gracia, que no está sólo en el ingenio narrativo o inventivo, sino en las palabras poseedoras de cadencia y si me apuran de melodía. Oír hablar a un andaluz es siempre grato, aunque diga tonterías. Miguel Prieto no las decía; al contrario, su agudeza era sobrada, oportuno siempre su comentario. No usaba de

la crueldad ni de la chabacanería, a que tan propensos son los andaluces del planeta de los toros. Era un taurino sin hiel, *vava avis*. No digo con esto que la mordacidad estuviera ausente de su conversación; la empleaba, sí; pero dosificada con cierta elegancia, cualidad eminente del andaluz fino. Miguel Prieto era un luchador, y, por lo tanto, tenía enemigos y precisaba defenderse de ellos. Nunca empleó para ello malas artes.

Hablé con él la última vez, hace unos días, en la feria de Alcalá de Henares.

—Veintitrés mulas he traído al ferial —me dijo—, y a lo mejor les sacó unos durillos.

Y, al decirlo, sus ojos estrábicos se contraían en un guiño pícaro. Como todo hombre que triunfa paso a paso, sabiendo y sintiendo lo que cuesta el triunfo, se mostraba ufano de sí mismo, sin caer, ni mucho menos, en el orgullo que nubla la personalidad, deformándola, sino, al contrario, humanizándola. El Miguel Prieto pícaro se había trocado en el burgués don Miguel Prieto. Ya tenía su capitalito. Ya tenía firmes sus negocios montados.

Y todo esto acabó, al acabar su vida, una tarde agostea que iba ya vencida hacia el crepúsculo. Estupidamente, como siempre ocurren las tragedias. Y en su trabajo como cumplía a su condición esforzada y ambiciosa. Ya estaba la corrida encerrada



en los cajones, y éstos en la plataforma ferroviaria. Sus ojos vigilantes y su cuerpo cansado buscaron unos momentos de reposo, y Miguel Prieto apoyó un brazo en el tope del vagón de los toros, recordándose. Lejos, una máquina hacía maniobras, empujando la mole de un vagón; éste, solo, silencioso, fué deslizándose por su vía. Miguel Prieto no le sintió llegar. Era la muerte, y él estaba ajeno a su proximidad fatal. El estaba absorto en sus preocupaciones, llenas de aliento y de optimismo. Aquella corrida embarcada iba a ser la inaugural de la Plaza de Toros de Melilla, de la que era empresario. A poco que la suerte ayudara, el negocio no podía fallar. Buen cartel. Buen ganado y una afición sin ver toros hace muchos años. Las mulas de Alcalá habían dejado sus durillos. Los becerrros de media casta se iban vendiendo bien. La vida... la vida no es nada, Miguel Prieto. Ese vagón que lleve de tu trabajo, al pie de lo que fué tu afán, al pie de la ambición que iba colmándose lenta, lentamente, como llega la muerte, como llega el vagón que aprisionó tu cuerpo fuerte, tan lleno de vida, tan lleno de nobles apetencias...

Te debía una crónica, Miguel Prieto. Me la pediste muchas veces. «Pero ¿cuándo vas a escribir de mí que soy un astro del planeta de los toros? Y yo que dejaba siempre para otro día, porque estaba mandado por Dios que la liciera a esta hora, cuando ya las alabanzas son flores, y las palabras, oración.

ANTONIO DIAZ-CAÑABATE

Cómo los puristas del pase natural, los que niegan la existencia de todo otro natural que no sea el zurdo, los que denominan feamente «derechazo» al de la mano derecha, no han salido al camino de ese otro pase como el natural, pero con colocación de la espadita delante, para que al que lo ejecuta se le pase el susto de que va a torear con la izquierda y a tirar del toro? Yo llamaría la atención de todos esos intrasigentes de «la interferencia del tendido», quienes a troche y moche, «esté claro o esté nublado», piden a grito herido a los matadores que toreen «¡con la izquierdaaaaaa!!!» para que se dieran cuenta de cómo en estos tiempos el pase natural zurdo es el más prostituido, sin protesta por su parte, ya que se consideran satisfechos y pagados con que el espada coja la muleta con la izquierda, la pongan retrasada y en la carrera del toro, escamoteen dos tiempos, ejecuten solo un cuarto de pase y, por añadidura, no se atrevan a darlo —desde luego, el primero de la serie no lo dan— sin poner delante del trazo rojo la espadita —ahora, casi siempre, de madera o de aluminio— para echarle sifón al vino y amerar el peligro, quitándose el miedo con esto que yo llamaría «la cuerda del albañil».

¿La cuerda del albañil? Sí. Los albañiles, en muchas ocasiones, con incumplimiento de las leyes que garantizan la seguridad de su trabajo, no ponen el andamio en las debidas condiciones de evitabilidad del peligro, y se conforman con ponerle una cuerdecita que les separa del espacio, con la cual por delante ya se creen a cubierto de caerse a la calle. Pues parecida a esa cuerda es la espadita delante de la muleta en el natural con la izquierda. Desvirtúa el pase, lo prostituye y, en realidad, bien poco peligro evita.

Este vicio no es precisamente de hoy. Fué Joselito, en 1915 —treinta y un años hace de ello y a los que lo vimos nos parece que la cosa es «de ayer»—, quien comenzó a torear por naturales con el estoque delante, y digo «estoques» en «machos», porque aquí no era aún el tiempo femenino de «la espadita», y apenas empezó a darlos en esa forma salieron los descubridores de vicios, que unos días arremetían contra el toreo por la cara, otros contra el abusivo muleteo de rodillas y otros le decían al espada «de enfrente» que se arrojaba a la barrera para torear, que saliera a los medios, a los medios! Eran tiempos de fogosa pasión, y los de un lado, aficionados y críticos, se complacían en sacar los colores a la cara del torero contrario, llevando primero los defectos a la letra impresa y voceándoles luego desde el tendido aquellos vicios que los críticos habían señalado.

Pues bien: Joselito el Gallo fué «denunciado» por

colocar su cuerdecita de albañil en el pase natural con la izquierda, y los críticos y aficionados no le dejaban pasar por este movimiento mal hecho; tanto más cuanto que otros, Juan, había traído a los ruedos con una pureza insospechada. Y fué entonces cuando un semanario de Belmonte, *Palmos y Pitos*, publicó una portada con una instantánea de un pase natu



VERRUGAS DE LA FIESTA DE TOROS
EL PASE NATURAL y la «CUERDA del ALBAÑIL»

ral de Belmonte, con un pie dedicado al acérrimo belmontista Fernando Gillis, «Claridades», quien le decía al director, José Casado Pardo, «Don Pepe», que podía ofrecer impunemente, en su nombre, 25.000 pesetas a quien presentase otra fotografía igual de otro torero.

Y se acabó el pase con «andamios». José, que tenía una vergüenza torera que,

a lo mejor, no se le hubiera reconocido en la historia si Bailaor, en Talavera, no hubiera venido a decir con su cornada certera que eso del ventajismo en el toro no es tan ventajoso como parece, llegó una tarde, después de descubierto el vicio, citó con la muleta en la izquierda, a pecho descubierto, sin cuerdecita alguna que amenguara el valor del pase, y, para «subrayar» el gesto, apoyó la mano derecha, que sostenía, como era de rigor, el

acero, y mano en cadera ejecutó así todos los naturales zurdos de la serie, para que así quedase constancia en acta. Acta que pueden consultar los coleccionistas de los periódicos de aquel año —*La Lidia*, de Durá; *Palmos y Pitos*; *Arte Taurino*; *Sol y Sombra*, y quizá alguno más— y verán prodigadas las instantáneas del pase natural de Joselito «con la mano en la cadera». Como si quisiera decir: «Aquí no se engaña a nadie».

¿Eran otros tiempos para corregir vicios? Entiendo que la Humanidad es la misma en todo tiempo y que lo que se hacía ayer puede hacerse hoy. Pero permitidme que os diga que hoy se señala un defecto a un torero y resulta lo mismo que dar las famosas voces en el desierto. ¿No hemos protestado todos los críticos contra la afeminada espada de madera? Pues ahí tenéis el resultado: antes, de vez en cuando, y de madera; ahora, a diario, de aluminio, y en camino de que le pongan un encajito de remate para que resulte más elegante. La cuestión es llevar la contraria y encogerse de hombros como diciendo: «¡Y a mí qué!».

El pase natural «con cuerda de albañil» es un pase natural prostituido, que pasó a ser un ayudado por bajo, por el lado izquierdo. Quieran o no, el pase natural con la derecha existe, de acuerdo con toda lógica, aunque haya quien rasgue sus vestiduras cuando lee afirmaciones semejantes. Además, el pase natural con la derecha no se engaña a nadie.

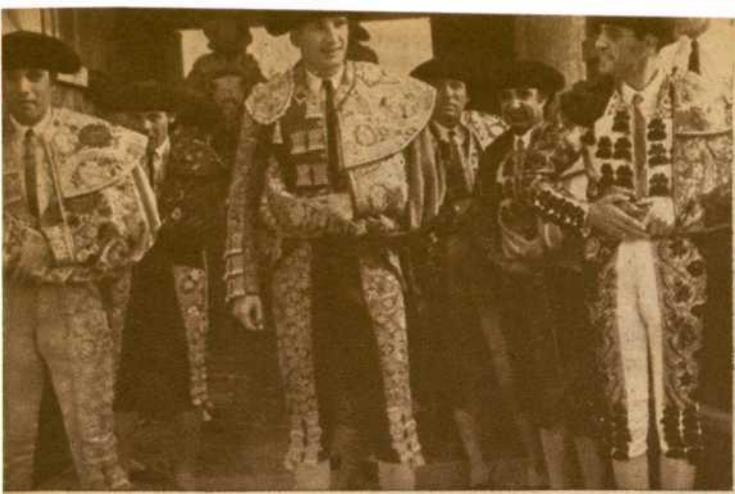
En cambio, con el pase natural «con cuerdecita», o ejecutado de perfil, o escamoteando los tiempos y sin cargar la suerte, con lo cual se le pueden dar a un becero veinte de

ellos, porque ni se entera «ni los agradece», entiendo que a la fiesta de toros, al toreo de muleta, le ha nacido una de sus verrugas más feas. ¡Ojalá estas líneas, con la ayuda de otras, nos pongan a todos en camino de extirparlas!

Porque de seguir por este camino las cosas, día habrá de llegar en que ya no tenga nada arreglo.

DON INDALECIO





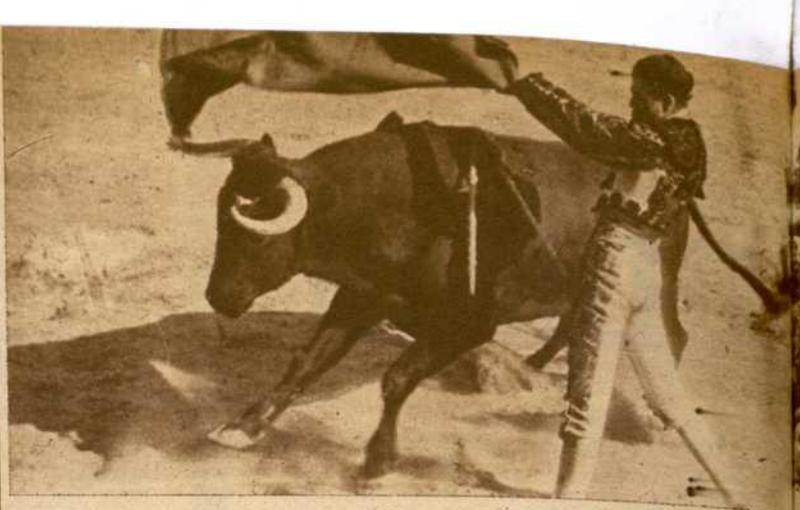
Los matadores antes de hacer el paseo

CARTEL DEL DIA 31
EN CALAHORRA

TOROS
DE
MIURA

para

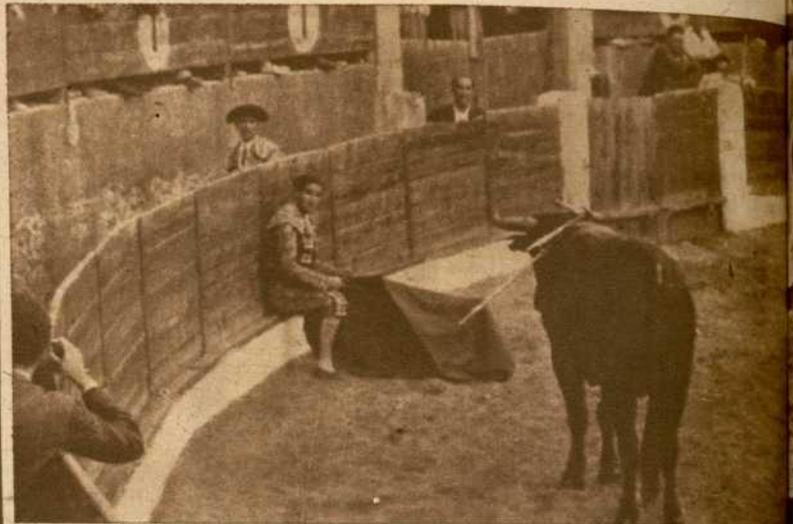
CURRO CARO,
FERMIN RIVERA
Y
JULIAN MARIN



Un muletazo por alto de Curro Caro



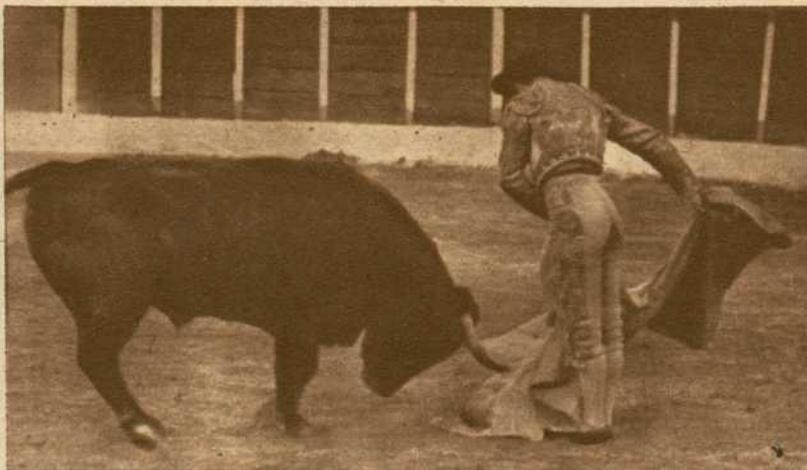
Fermin Rivera hace un quite por faroles (Fotos Marin)



Julián Marin inicia su faena sentado en el estribo

FERIAS EN PALENCIA
TOROS DE ALBASENRA

PEPE LUIS,
PARRITA
Y ROVIRA



Pepe Luis Vazquez en su clásica media verónica



Un gran muletazo por alto de Pepe Luis

Rovira inicia su faena con un pase por alto

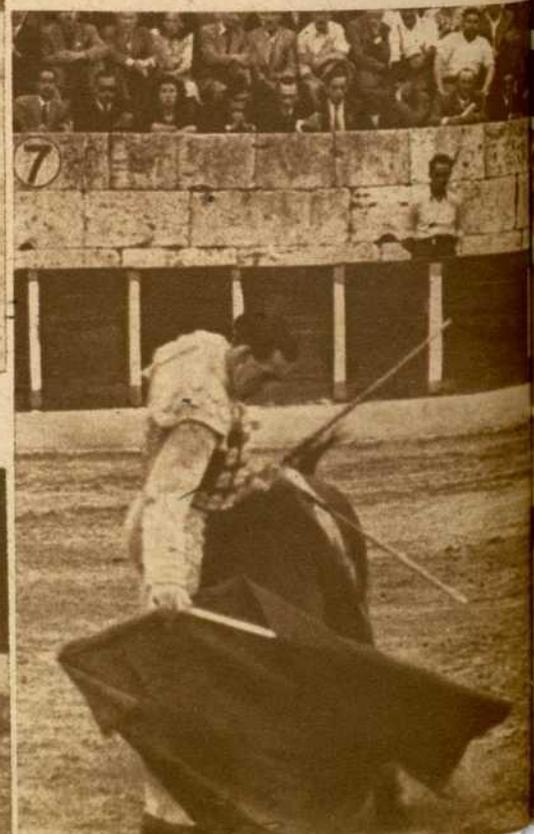


Parrita en un pase en redondo

El torero madrileño muletea mirando al tendido



Un ceñido muletazo con la derecha de Rovira (Fotos Marí)



La corrida de toros
de SAN SEBASTIAN

Reses de Rogelio
M. del Corral

●
**ARMILLITA
PARRITA
Y ROVIRA**



Los espadas posan para el fotógrafo en el patio de toreros



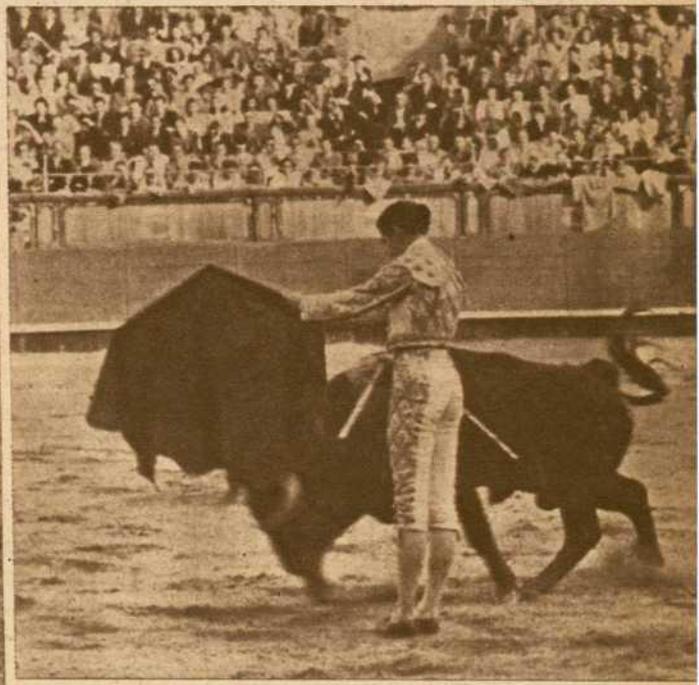
Un gran natural del buen torero mejicano



Rovira hace un quite con el capote a la espalda



Armillita brinda el último toro que matará en España



Parrita inicia su faena con un estatuario



Un muletazo con la derecha de Parrita tirando del toro



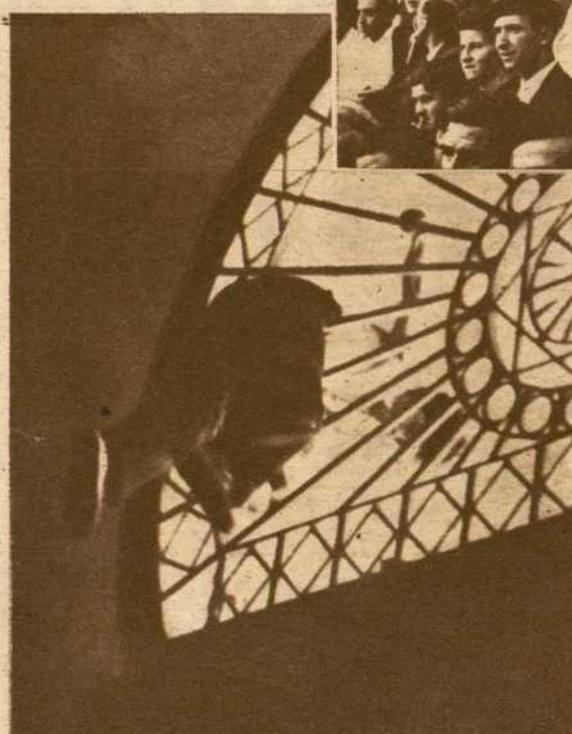
Rovira torea mirando al tendido en su segundo toro (Fotos Marin y Mari)

EL "TIFUS" EN LAS PLAZAS DE TOROS

Los que asisten subrepticamente a las corridas son gentes de raro y decidido ingenio

Los falsos portadores de medicamentos, el «virtuoso» del fagot y los escaladores, pasando por el fingido accidentado

TIMOS UTILIZADOS CON EXITO PARA NO PASAR POR LA TAQUILLA



Ala masa que acude a las Plazas de toros podríamos dividirla en dos categorías: los que pagan mucho por satisfacer su afición, y los que consiguen el mismo fin sin desembolsar un centavo.

Eliminando de esta segunda clase los funcionarios con servicio en la Plaza, queda un respetable contingente de personas que, sin derecho ni razón alguna, van gratis a los toros, constituyendo esa parte de público que hemos venido a denominar con el común apelativo de *tifus*.

Inútil es que las Empresas pongan anuncios en las Contadurías y aun notas en los carteles previniendo que «quedan suprimidas las entradas de favor» o que «no se facilitan volantes de libre acceso», porque los *microbios tífico-taurinos* no entienden de *indirectas* y continúan invadiendo los cosos con entradas regaladas o sin ellas, para desesperación de empresarios y espectadores de pago.

Viajar gratis, leer gratis, asistir gratis a los espectáculos, fueron siempre «deportes» extraordinariamente generalizados. Incluso alguno llega a sentirse ofendido y rebajado en su natural importancia si no consigue viajar con billete de favor, si los escritores conocidos no le regalan los libros que publican y si no logra asistir a las Plazas de toros sin tener que trabar conocimiento con taquilleros y revendedores.

Con frecuencia se les oye decir: «A mí me gustan las corridas de toros; pero ¡mire usted que tener que pagar para ver las malas faenas que se hacen y el pésimo ganado que nos sirven!...» Porque, eso sí, ellos quieren ir, y van, gratis, pero sin renunciar al derecho de protesta y de crítica por el más fútil pretexto.

¿Que existe algún leve indicio de que un toro arrastra alguno de los cuartos traseros?... Pues nuestro hombre será el primero en gritar una y mil veces: «Cojo!, ¡cojo! El caso es que la Empresa pague un toro más, que para eso cobra lo suyo...»

Lo temible del *tifus* no está solamente en el

tifus mismo, sino en sus derivaciones. Hay caballero que, no contento con el favor que le dispensan de incluirle en la lista de «la gracia» —léase entradas abonadas a la taquilla por la Empresa—, pide además localidades para su familia y amigos. De donde resulta que, a veces, parece que hay una bonita entrada, y en la taquilla quedan por vender cinco o seis mil billetes.

No ha muchas tardes, con ocasión de celebrarse una novillada, al llegar yo un tanto retrasado a la Plaza de las Ventas, me dí de bruces con la obesa y bondadosa humanidad de don Andrés Blanco, concesionario del servicio de taquillaje.

—¿Hay buena entrada?
Y el hombre de «los tacos» me contestó:
—Una magnífica entrada de «buenas tardes y me alegro de verle bueno».

Acostumbran «los paratíficos» a entrar en la Plaza a prima hora; y si se sientan y tienen que cambiar de sitio varias veces, y, por último, se ven obligados a replegarse hacia las escalerilla, refugio

de todos ellos cuando la Plaza está vendida, concluido el festejo, abandonan el circo taurino con un humor de todos los diablos, quejándose de la falta de consideración de la Empresa, que no se cuida de reservar unos cuantos tendidos bajos, del 9 para sus «incondicionales» amigos.

En cierta ocasión, uno de estos amigos, principiante, por más señas, que aun no conocía al personal de la casa, se acercó a don Paco Jardón y le soltó la consabida petición. Jardón, con su más fina sonrisa, le dijo:

—Vaya usted a Lacalle, de mi parte.
—Usted me insulta, señor mío. Puede usted negarme el tendido; pero jeso de echarme a la calle!...

El consejero, sonriendo, aclaró:
—Don Narciso Lacalle es el empleado encargado de distribuir «la gracia», y él le dará lo que usted desea.

Hubieran tenido que ver ustedes a nuestro hombre salir de estampía, tropezando con todas las paredes...

Cuando los porteros son viejos en el oficio, poseen golpe de vista envidiable para distinguir, en el modo de franquear la entrada, a los que van con derecho legítimo de los que intentan entrar por las buenas.

—No dejen ustedes pasar a nadie sin localidad, aun cuando sea el Preste Juan de las Indias —dicen a sus mesnadas de porteros y celadores los señores Stuyk y Escanciano, gerente y vicepresidente de la Empresa de la Monumental de Madrid, respectivamente.

Pero no cuentan con que los decididos a entrar subrepticamente en la Plaza son gente de raro y decidido ingenio. Desde el que, ataviado con una bata blanca y provisto de un paquete de gasas en la mano, grita pidiendo paso para llevar una mercancía que nadie pidió y que, naturalmente, nunca llega a la enfermería; desde el caballero de edad proveccta que, con su funda de flauta o fagot, se hizo familiar de los porteros, y cierto día, al ser registrado, en vez del fingido instrumento apareció un paquete con la merienda; desde los intrépidos escaladores de muros, a trueque de salir descalabrados de su empresa; desde el que, a un metro de las puertas, cae a tierra fulminado por un ataque, e inmediatamente surgen cuatro altruistas cerrazones que, ante la aflicción de público y porteros, simulan llevarlo a la enfermería, y, una vez en los pasillos, se esfuman raudos «accidentados» y «caritativos» conductores; desde el que al atónito cancerbero entrega, a título de entrada, una esquina del recibo del sereno del barrio hasta el espectador «ingenuo» que entre dos entradas intercala en sentido contrario una tercera, la que, al no ser cortada por donde corresponde, es lanzada, introducida por una caja de fósforos, desde una ventana a los pies del amigo que espera fuera, todos estos irreductibles enemigos de la taquilla luchan, se afanan y maquinan con habilidades y embelecocos por alcanzar un rato de grato solaz. Y lo que ellos dicen: «¡Señor, que baje el precio de los billetes, y acaso nos sea más cómodo «hacer la jarrita!»...» —F. MENDO

BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL



CS - 7327

AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

El doctor LUQUE nos explica por qué su especialidad puede tener relación directa con la fiesta de los toros



NOS encontramos ante una prestigiosa figura de la Medicina, que es al mismo tiempo un aficionado de rancia solera. Se trata del doctor Luque. Y apostamos cualquier cosa, con la más antigua de sus clientes, a que el ilustre ginecólogo sintió afición por la lidia mucho

tiempo antes de soñar con las glorias de la Medicina. Después de la conversación sostenida con él, nadie hay que pueda convencernos de lo contrario. Su pasión por los toros cuenta medio siglo de existencia.

—¿Quiere usted confirmar esto, doctor?

Ahora verán ustedes cómo sí.

—Era yo niño cuando sentía ya viva afición por las hazañas taurinas. Recuerdo los días de mi infancia en Granada, cuando me escapaba de casa, con otros pequeños aficionados, para ir a ver torear a los lidiadores de entonces en la Plaza del Triunfo.

—¿Recuerda el nombre de alguno de aquellos toreros?

—Retengo en la memoria el nombre de los que torear en la primera corrida sería que fué: Mazzantini, Guerrita y Parrao. Fué también en la Plaza del Triunfo, de Granada.

—¿Fué ésta la que más le impresionó?

—Después de esa corrida he presenciado muchas, superiores en calidad y emoción. La mejor de todas será, seguramente, una que se celebró en Valencia, cuando la Exposición, en el año 1909. Y de las actuales, una reciente, con Pepe Bienvenida. Hacía mucho tiempo que no veía torear en silla, y me gustó verlo de nuevo.

—Entre las figuras desaparecidas, ¿cuál era su predilecta?

—Bombita. Era gracioso y elegante.

—¿Le gustan los toreros de hoy?

—Sí. Admiro mucho el toreo moderno, aunque no soy un entendido.

—Es inútil disculparse. Sabemos que sí lo es.

—Le aseguro que no. Claro que me consuela pensar que hay otros elementos en la Plaza más ignorantes que yo. El presidente, por ejemplo.

—Hay quien asegura que nadie entiende de toros.

—Eso me parece un poco exagerado.

—¿Y el público?

—Cualquiera es bueno y entusiasta... Pero las corridas de Madrid han perdido mucho atractivo, porque la gente va de prisa a los toros; permanece en los tendidos sería, fría, quejándose de todo, y antes de que termine la corrida se marcha a toda prisa, como si le

aguardaran importantes quehaceres, cuando la verdad es que aquí podemos ostentar el título de desocupados quienes asistimos en jueves a una corrida. Me gustan más los toros en cualquier provincia —no diré ya en Sevilla, Granada o Córdoba, que es donde más valor tienen— que en Madrid. La gente, en provincias, el día de corrida se arma de buen cigarro puro y se marcha al café a comentar con sus amigos el supuesto resultado de la lidia; las familias van en coche, se llevan la merienda, pueden gritar, protestar o vitorear, según les parezca bien o mal lo que están viendo. Aquí los espectadores son difíciles de contentar. Y el caso es que no se trata exclusivamente de los madrileños. Ya sabemos que en Madrid hay unos cuantos indígenas, pero el resto de la población está nutrido por las provincias. Por tanto, el público de toros se compone de gente de todas partes; gentes, algunas de ellas —los que vienen a Madrid para ver una corrida—, a los que en su localidad han advertido que aquí, al que no grita valientemente: "¡Con la izquierda!", en cuanto un torero se enfrenta con el toro, le consideran un pobre paleta ignorante. Por eso hay muchos toreros que prefieren torear en provincias, donde el público responde mejor. Nuestra fiesta nacional, aquí, en la capital de España, se está americanizando. La vida adquiere, día por día, una velocidad innecesaria.

—¿Cuál es la Plaza que más le gusta?

—La de Valencia, después de la de Sevilla. Tiene una disposición muy buena. Los valencianos son grandes aficionados a los toros. Allí he visto muy buenas corridas en mi época de estudiante, cuando una entrada para los toros costaba sesenta y cinco céntimos, cuando yo vivía con veintiocho duros al mes.

—¿Qué tiempos aquellos!

—Usted no los ha conocido.

—Por eso digo "qué tiempos aquellos". Tanto me los han alabado, que los imagino tal vez mejor de lo que fueron...

—Bueno... ¿Estábamos...?

—En Valencia.

—Ah, sí!... Cuando la feria se daban estuendas corridas, algunas de ocho toros. Aunque, a propósito de esto, le diré que no me gustan las corridas de ocho toros.

—¿Demasiado largas, no?

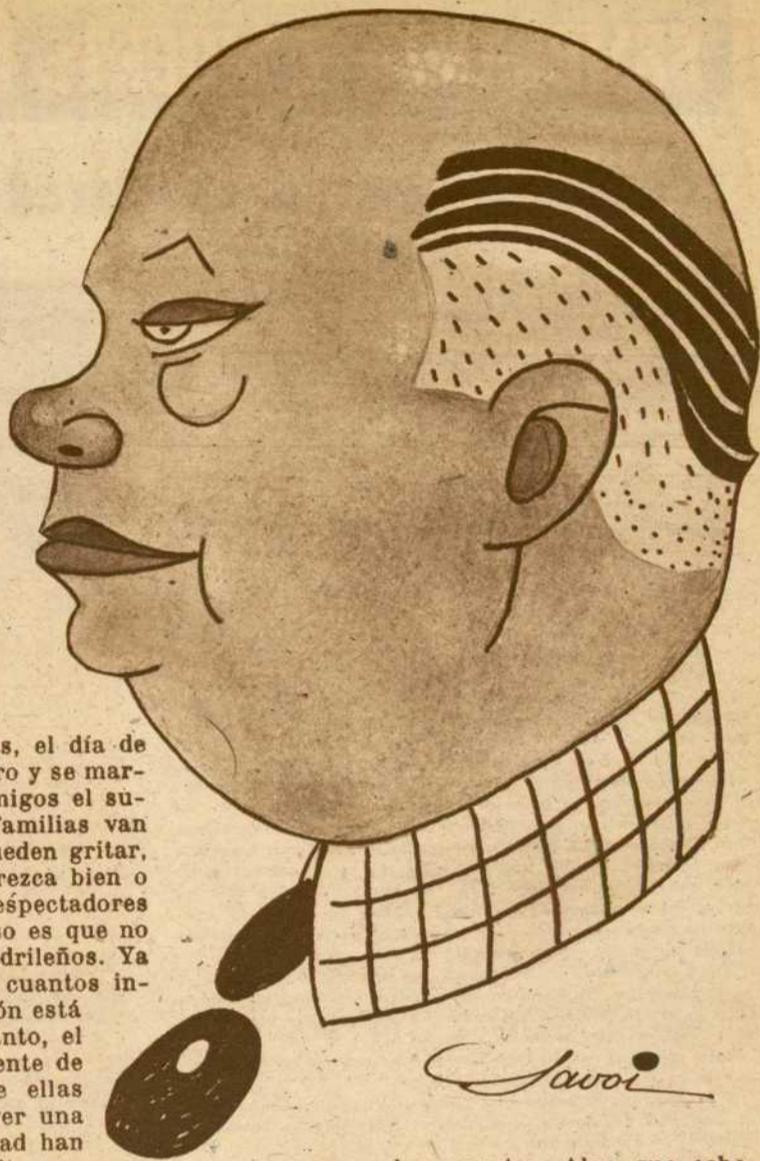
—Mas que por eso, me disgustan porque, debido a como está distribuida la actuación de los matadores, me hace el efecto de que veo dos corridas con cuatro toros cada una. La corrida que me gusta es de seis toros para tres matadores.

—¿Y el momento más bonito de éstas?

—El de las banderillas, cuando las ponen con música.

—¿Ha toreado usted alguna vez?

—¡No!... Solamente permanecer ante un toro, ver cómo mira y escarba la tierra y menea el rabo, significa un valor enorme. Muchas veces he pensado en la angustia que sentirá el picador cuando cae al suelo con esas pesadas corazas que le inmovilizan. Antes tenían más defensa, y, además, resultaba más bonito el momento de picar. El picador era siempre un buen jinete, que ponía interés en defender al caballo. Ahora, los picadores ape-



nas saben montar. Algo que echo de menos también en las actuales corridas son las mantillas de las mujeres. En una corrida tan importante como la de Beneficencia no había este último año más que tres mantillas.

—¿Le gustan a usted las mujeres toreras?

—Nunca me ha parecido el toreo propio para mujeres. Es peligroso. Ya sabe usted que no se les permite torear a pie.

—¿Ha visto usted muchas "tardes malas"?

—He tenido suerte. Y algo que me complace mucho es no haber visto nunca la cogida de un torero. Recuerdo que la tarde que resultó cogido Granero no sé bien por qué me fué imposible ir a los toros. Sin embargo, en una ocasión he tenido que hacer uso de mi especialidad en un desdichado lance de la lidia.

—Muy gracioso, doctor... Tiene usted un gran sentido del humor.

—Estoy hablando completamente en serio.

—¡Vamos..., no me va usted a decir que...!

—Repito que hablo en serio... Claro que no se trataba de Manolete ni de Abruza, sino de una señora de la aristocracia, de una gran aficionada, que estaba toreado en su finca. La cogió el toro y me la llevaron en seguida en un coche porque era necesaria mi intervención. Después de eso ha tenido varios hijos normalmente.

—Es curioso.

—Claro. Lo que menos puede sospechar nadie es que mi especialidad sirva de nada en un deporte como el de los toros. Y, sin embargo...

—También puede ser útil para ayudar a venir al mundo a futuros toreros.

—Esto es raro que suceda con conocimiento previo. Se necesitaría ser un mago adivino. Sin embargo, me atrevo a pronosticar que pronto nacerá un futuro matador.

—Aclaremos eso.

—Imposible. Es un secreto profesional.

—No vale. Usted tiene truco.

—Pero ¿de qué hablamos: de toros o de circo?

Tiene razón el doctor Luque. Pero nos quedamos muy tristes, porque no nos dice nada de ese torero que todavía no ha nacido.

PILAR IVARS

SEMBLANZA Y MUERTE DE EDUARDO LICEAGA

Contadas por su apoderado, CRISTOBAL BECERRA



Así era Eduardo Liceaga: fino, generoso y joven, como un príncipe indio que recorriera países lejanos, animado por una ilusión de arte y de gloria

TARDE de toros. Detenido por quehaceres urgentes, no he podido acompañar a ninguno de mis poderdantes, que torea en fuera de Madrid.

Estoy en mi casa, en mi despacho, y quiero apurar, trabajando, la luz del día, que ya empieza a declinar. Pero una punzante inquietud me interrumpe a cada instante la tarea.

Todos los que viven con intensidad el ambiente del torero conocen bien la tensión de estas horas del final de las tardes de toros.

Intento distraerme: escribir, leer... Todo inútil.

Al fin, suena el timbre del teléfono. Conferencia urgente con Algeciras. Y escucho, sorprendido, una voz femenina, angustiada. Es la esposa de mi entrañable amigo Pepe Casero, el empresario de Algeciras, que me dice:

—Eduardo está herido. Tiene una cornada grande...

Y a mis demandas explica:

—Ha perdido mucha sangre. Dejé en la Plaza un charco enorme. En la enfermería le han taponado la herida y le han puesto inyecciones, porque perdía el conocimiento. Ahora mismo lo traen aquí, al quirófano del Hospital Militar, porque tienen que hacerle una operación larga, que allí no es posible... Lo han atendido todos muy bien...

Pepe, un médico de Madrid (el doctor don Manuel Gil Gómez, del Instituto Rubio) y el mozo de estoques vienen con él...

Van a recoger, al paso, al doctor Pérez Espá...

No pude obtener más detalles de mi acojonada interlocutora. Desconcertado, trémulo, me pongo al habla con las Agencias periodísticas. De una de ellas me retransmiten la noticia que acaban de recibir de San Roque: Liceaga está, en efecto, herido. Pero el telegrama califica la lesión de «promóstico reservado». Días más tarde me dijeron que este pronóstico no llegó a darse nunca.

Estoy acostumbrado a calibrar los «partes facultativos», y sé también que la exquisita sensibilidad femenina es propensa a la exageración en los trances dramáticos que presencian; sobre todo, si ven correr la sangre.

Pero, sin poder explicarme por qué, estos razonamientos optimistas no me tranquilizaron.

Y lo más rápidamente que pude —cómo da la medida de la magnitud del tiempo el esperar!— logré que la Central Telefónica de Algeciras me pusiera en comunicación con el Hospital Militar. Acudí al aparato Pepe Casero. Apenas oí su voz troncada, ronca, tuve la sensación de la tragedia.

Me la confirmó escuetamente. Tuvieron la generosa atención de comunicarme conmigo los dos médicos que habían asistido al infortunado torero en sus últimos momentos. Con uno de ellos, con el director del Hospital, doctor Martínez Zaldívar, me une una vieja amistad. Cuando Liceaga llegó a Algeciras, ya era una pobre vida destrozada, sin salvación posible.

Uno de los doctores me leyó el parte facultativo, que especificaba la tremenda herida:

«Eduardo Liceaga Macial, natural de Méjico (distrito federal), de veinticuatro años de edad, al ingresar en el Hospital Militar sufría una herida de asta de toro en región perineal, penetrante en pelvis, que produce grandes destrozos, rotura de plexos, con gran hemorragia y shock traumático, de carácter gravísimo; lesiones producidas en la Plaza de Toros de San Roque (Cádiz), donde fué curado de primera intención, falleciendo a las veintidós horas sin salir de dicho shock y como consecuencia de las refrigidas lesiones.»

Mi primera emoción fué de dolor, y también de sentirme abrumado por la indecisión. ¿Qué hacer? Eduardo Liceaga estaba solo en España. Yo, de su familia, allá en Méjico, no tenía más señas que las de la madre.

Le expedí un cable reduciendo la desgracia a una cornada grave. Otro, con la triste verdad, a José López, su apoderado allende el mar...

No había acabado de hacerlo, cuando yo mismo también ya no me sentí tan solo. La noticia trágica —y apenas había



Y así, después de muerto por una terrible cornada, conserva la dulce serenidad de sus facciones... Era tan joven, que hasta parece sonreír a la muerte

pasado la medianoche— había cundido por España, despertando un movimiento de hidalga generosidad...

Vibraba sin cesar el timbre de mi teléfono. Empecé a recibir telegramas urgentes... Las autoridades militares de Algeciras ofrecían toda clase de apoyos y facilidades...

Carlos Arruza, desde Santander, me decía: «Por el medio que sea, y sin reparar en gastos, trasladé el cadáver de mi compatriota a Madrid.»

Marcial Lalanda, en nombre de la Empresa taurina de Méjico, me ofrecía todo lo que fuera necesario.

Desde San Sebastián, Manolete, por mediación del hijo de Gaona, hacía igual oferta.

Don Manuel Bienvenida y su hijo Juanito, desde Valencia, se ponían totalmente a mi disposición...

Igual los Armillita, desde Gijón.

Y el caballero Alvaro Domecq hacía también, en términos sentidísimos, el ofrecimiento máximo...

Estaba conforado con estas pruebas de adhesión y compañerismo, como son las de todos los toreros mejicanos, que estaban en Madrid, que pasaron parte de esa noche en mi casa.

Y horas después iba en el avión rtagando el aire luminoso que hablaba de alegría y de vida, hacia la tristeza y hacia el espectáculo de la muerte...

Cuando llegué al Hospital Militar de Algeciras, le estaban haciendo la autopsia al cadáver de Liceaga. No me dejaron pasar, como es lógico. Me estrechan brazos amigos. Los de los toreros de la cuadrilla: Manolo Fuentes Bejarano, Rosalito de Granada, Rondeño, Zurito, el veterano picador; Salitas, el picador nuevo; Rafael Lamas, el fiel mozo de espadas. Hombres muy hombres, que lloran como niños.

Ellos me explican la cogida fatal: Liceaga dió un pase de costadillo muy artístico, muy ceñido, y quedó de espaldas un segundo. Lo bastante para que el toro lo empujara por la entrepierna y lo suspendiera en alto, viéndose cómo el cuerno penetraba en la carne, sin violencia, suavemente, con esa seguridad artera que usa la Muerte... Apenas había quedado Eduardo en el suelo, ya todos se precipitaban al quite... pero no hubo tiempo para nada... Rondeño «se quedó» con el toro...

En la arena quedaba también un charco de viva púrpura: la sangre de una juventud que se iba...

La enfermería de la Plaza de San Roque no es, ni más ni menos, que como la de cientos de pueblos pequeños de España. Está dotada de un equipo de urgencia; pero no para operaciones quirúrgicas de envergadura, porque esto no es posible, como no es posible que lo estén para atender a los enfermos las modestas tituladas médicas en millares de pueblos que, cuando se les presenta un caso grave, envían los enfermos a las capitales...

Tengo un dato que comunicar, porque es de justicia: la herida de Liceaga era mortal de necesidad. Su sangre juvenil se perdió en el ruedo de San Roque. Desde que en la enfermería del pueblito andaluz lo curaron hasta que llegó a Algeciras, no derramó una gota más. Pero ya iba exhausto... Pepe Casero, el empresario de Algeciras, se brindó generosamente a la transfusión. La ciencia no pudo aceptar su oferta. No había nada que hacer ya.

Conoci a Eduardo Liceaga el pasado año, siendo yo empresario de la Plaza de Toros de Ceuta. Toré y estuvo muy bien. Simpatizamos, porque el muchacho tenía una simpatía

extraordinaria, contagiosa, que se ganaba el corazón... En el mes de junio último, vino a buscarme para que fuera su apoderado. Lo hice con gusto, porque creía artísticamente en él. Tenía desmedida afición, valor, sentido de la responsabilidad, y era un artista fino y constante... Salía a éxito por corrida... La prueba que, sin esfuerzos propagandísticos, le pude contratar cuarenta novilladas, en calidad de primera figura, y tenía ya apalabrada su alternativa... Y ahora, aquí, en Algeciras, le veo por última vez: aquel muchacho frío, espiado, garboso, lleno de vida, de entusiasmo, de nobles ambiciones, se me presenta ahora inerte, con esa impresionante, pétrea rigidez, que da la muerte... Ya muerto, su rostro tenía la misma serenidad imperturbable con que en las Plazas desafiaba el peligro... La piel cetrina, un poco verdosa; la angustiosidad de sus facciones, le hacían parecer un príncipe indio, casi adolescente... Y era bueno, valiente y generoso... Llevaba, por fuera de casta, el dulce veneno del arte en las venas, y soñaba, en justicia, con ser matador de toros en España... Y ahora está aquí... Rígido y frío para siempre. ¡Es la ofrenda de vida de la juventud a esa amada histórica que unas veces se llama la Muerte, y otras —las menos—, la Gloria!

Amortajamos el cadáver de Eduardo Liceaga con el hábito de la Virgen de Guadalupe, cuya imagen él siempre llevaba sobre el pecho. Hábito blanco, con galones dorados y cordones verdes. En este momento —perdonadme, amigos!— yo no quise que estuviéramos presentes sino don Pedro San Román, el fiel mozo de espadas Lamas y yo.

Al día siguiente, Algeciras no era la ciudad laboriosa y tranquila que yo conozco tanto, porque es un peñazo de mi Andalucía natal. Algeciras celebraba, paradójicamente, una fiesta triste... Y todas las calles estaban llenas de gentes, y parecía que la vida de la pequeña urbe se había paralizado porque en ella había muerto un torero. ¡Que esto es un típico! ¡Que lo sea! La mejor «españolada» es que España, frente a los egoísmos del mundo entero, sepa rendir homenaje a un hombre joven, artista y valiente, que, aunque no sea español, ha muerto en su suelo... Este es el caso de Eduardo Liceaga. Aquí triunfó su arte, y de aquí van a salir, camino de su Patria, sus restos mortales...

Yo, agradeciendo infinitamente todos los ofrecimientos individuales, he querido que ese traslado, que las circunstancias hacen costoso, no fuera obra de una ni de varias personalidades aisladas, sino de las entidades oficiales, de la Empresa de San Roque, de la ganadera señora viuda de Concha y Sierra, y del Sindicato Nacional Taurino, que tienen la mejor representación que el toro puede y debe tener en España.

CRISTOBAL BECERRA



La presidencia del duelo, en Algeciras; y con las autoridades, Cristóbal Becerra, el apoderado de la víctima





Antonio Reverte

puntilla. Tercera ovación, tercera oreja y lluvia de cigarros, flores, sombreros y otras prendas de vestir

En el cuarto toro, Barbudo, berrendo en negro, hubo un brillantísimo tercio de quites, y el Algabeño, después de una faena apretadísima, metió una estocada de las suyas, agarró al astado de un pitón, lo llevó a las tablas, se sentó en el estribo y la fiera rodó a sus pies. Nueva oreja y otra ovación delirante. Unos espectadores le arrojaron una bandera, y José García dió la vuelta al ruedo tremolando la misma, mientras el público enronquecía con sus vítores.

Al quinto, Herrador, negro, no hay que decir que Reverte le dió pasaporte con un gran volapié, del que salió el toro rodando, con lo que se produjo el delirio, se concedió la quinta oreja y se repitió lo del paseo con otra bandera que también le fué arrojada desde el tendido.

Y entonces, cuando solamente quedaba una res por lidiar, cuentan que exclamó el Algabeño

—Daría lo que gano en esta corrida por que me saliera un toro al que poder matar a mi gusto, para redondear la tarde.

¡Y vaya si le salió!

Era de Campos, se llamaba Balconero, negro zaino, de soberbia estampa, y con él realizó el diestro de La Algaba, con la muleta, una de las faenas más grandes de su historia, una faena magistral que subyugó al público, a cuya magnífica labor puso remate con una estocada tan colosal —ejecutando el volapié con absoluta perfección— que el toro salió rodando como herido por un rayo. Sexta oreja (entonces no se concedían a pares) y apotheosis. Si magnífico fué el principio de la corrida, el final resultó estupendo;

si el matador de Alcalá del Río estuvo admirable, el de La Algaba tuvo una tarde fantástica, y los dos salieron en hombros de la Plaza de la Barceloneta.

Queda por decir que picadores y banderilleros estuvieron acertadísimos, y que los toros —buenos mozos, bien armados, gordos y de preciosa lámina— parecían contribuir con sus peleas al ardoroso entusiasmo de la multitud.

Aun existen viejos aficionados barceloneses que evocan aquella tarde triunfal en la que Reverte y el Algabeño fanatizaron al público con sus bizarrías.

DON VENTURA

REMEMBRANZAS del tiempo viejo

REVERTE Y ALGABEÑO mostraron la tabla de virtudes en una corrida memorable

Los aficionados modernos suelen mostrarse escépticos oyendo narrar las proezas de otros tiempos; creen que los que las referimos escamoteamos la realidad y nos situamos en el mundo de los ensueños tontos y falaces; pero deben reconocer que si algunas figuras del pasado se proyectan todavía en el presente bañadas de luz y presiden en espíritu las viejas historias al modo de genios tutelares, es porque supieron establecer con sus acciones una corriente de fervorosa admiración.

A este propósito, no diré que los recuerdos agobien mi mente, ora se sucedan en ella por turno o bien entren en tropel, y si las remembranzas se me presentan claras y hermosas dentro del magín, no es por aquella «magia de la fantasía» que Don Quijote recomendaba a Sancho para que Dulcinea se ofreciera a sus ojos como un dechado de perfecciones, sino porque puedo comprobar la realidad de tales bellezas con la lectura de los periódicos antiguos, algunos de los cuales no solamente contienen la historia de los taurinos acontecimientos, sino el colorido y el fuego psíquico —el fuego del alma— que a los mismos prestó realce.

Tal ocurre con una corrida patriótica efectuada en Barcelona con fecha 24 de abril de 1898, cuando iban a romperse las hostilidades en aquella guerra que acabó con los restos de nuestro antiguo imperio colonial.

Si las manifestaciones patrióticas se sucedían en las calles, los cafés y los teatros, ¿qué más natural que repercutieran en las Plazas de Toros?

A muy pocas personas se les alcanzaba la desigualdad de la lucha en que íbamos a meternos, y los gritos de «Viva España!» resonaban continuamente en el citado día durante el curso de la corrida que es objeto de mi atención.

El patriótico entusiasmo rayaba en frenesí; agitábase en tendidos, gradas y palcos numerosas banderas españolas; la música repetía la «Marcha de Cádiz», cuyas notas eran coreadas por todos; las mujeres llevaban prendidos claveles rojos y amarillos; las cuadrillas hicieron el paseo con la cabeza descubierta, llevando los lidiadores en el brazo izquierdo unos lacitos con los colores nacionales...

Toda la fiesta se deslizó entre febriles manifestaciones de entusiasmo: a un quite, «Marcha de Cádiz»; a un adorno, «Marcha de Cádiz»; al menor desplante, «Marcha de Cádiz», y el nombre de España aclamado por los catalanes sin cesar.

Pero bien es verdad que si la exaltación patriótica no existiera, el resultado de la corrida hubiera bastado para producir aquella fogosidad del ánimo en los espectadores, excitados por las guapezas que en el ruedo se sucedían.

Hora es ya de que se sepa que el cartel de tal corrida lo formaban Antonio Reverte y José García, Algabeño, encargados de estoquear seis toros: tres de don Antonio Campos y otros tres de don Carlos Otaola-ruchi.

Al primer astado, llamado Aldinegro, hermoso animal negro zaino, le adjudicó Reverte una estocada superior, tras de la cual se arrodilló ante el toro y éste rodó como una pelota. Primera ovación delirante y primera oreja.

El Algabeño despachó el segundo, Guachindango, berrendo en negro y buen mozo, con media estocada fulminante en la cruz. Segunda oreja, con la ovación consiguiente.

Reverte dió cuenta del tercero, Morisco, castaño, de otra media estocada en las péndolas que mató sin

José García (Algabeño)



Octavo aniversario del fallecimiento de Manolo Bienvenida. El Vito toma la alternativa en Valencia. - Se presentan en Madrid Diamantino Vizeu y José Somoza. - Homenaje a Gomes Junior en Montijo (Portugal)

EL jueves, día 29, se celebraron dos corridas de toros y dos novilladas.

En Barcelona. Corrida a beneficio del Patronato de Viudas y Huérfanos del Ejército de la cuarta Región. El duque de Pinhermoso, bien como rejoneador, y muy bien con la muleta y estoque. Ovación, oreja y vuelta. Pepe Bienvenida, Arruza y Morenito de Talavera lidiaron seis toros de Joaquín Buendía. Pepe Bienvenida, dos orejas en uno y ovación en otro. Arruza, dos orejas y rabo en uno y ovación en otro. Morenito de Talavera, oreja en uno y aplausos en otro.

En Linares. Toros de Francisco Chica. Conchita Cintrón, ovación y vuelta. Pepe Luis, dos orejas y rabo, y aplausos. Gallito, pitos y pitos. Luis Miguel Dominguín, dos orejas y rabo, y dos orejas, rabo, pata y salida en hombros.

En Madrid. Cuatro novillos de José María Soto, uno de Moura y otro de Rogelio Miguel del Corral. Manolo González, bien y regular. Belmonteño, discreto y bronca. Diamantino Vizeu, que se presenta en Madrid, ovación, y ovación y vuelta.

En Olvera (Cádiz). Novillos de doña Angela Sanabria. Antonio Galisteo, ovación y vuelta, y ovación. Rafael Romero, aplausos, y aplausos.

En la iglesia de los Jerónimos se celebró un funeral por el eterno descanso del alma de Eduardo Liceaga. Asistieron muchos elementos de la colonia mejicana, admiradores del diestro y compañeros y amigos que fueron del gran torero.

El viernes, día 30, hubo corrida de toros en Almería. Se lidiaron siete toros de Galache. Conchita Cintrón, orejas y rabo. Andalucía, aplausos y orejas, y rabo. Antonio Bienvenida, orejas y rabo en los dos. Pepín Martín Vázquez, orejas y rabo, y oreja.

En Barcelona se corrieron novillos de Félix Gómez. Balderas, aplausos, y aplausos. Vito, ovación y salida, y ovación y vuelta. Juan Bienvenida, discreto, y dos orejas y vuelta en hombros.

El mismo viernes ingresó en el Sanatorio de Toreros, procedente de la Plaza de Borox, el novillero Félix de la Vega. Fue asistido de una herida, producida por asta de toro, en la cara anteroanterior del tercio interior del muslo izquierdo. Pronóstico grave.

En San Sebastián de los Reyes. Novillos del marqués de Tolesa. Luis Navarro fue cogido al muletear a su primo. Manuel Ramón, regular en el primero y muy bien en los otros tres.

En Venta de Baños. Novillos de Encina. Gumer Galván cortó cuatro orejas y dos rabos. Morenito de Santurce, muy bien.

El sábado, día 31, se cumplió el octavo aniversario del fallecimiento del que fué gran torero, Manolo Bienvenida.

El mismo sábado se celebró la corrida de feria en Calahorra. Toros de Mihura. Curro Caro, oreja y palmas. Fermín Rivera, palmas y silencio. Julián Marín, dos orejas y oreja.



FUNERALES POR EL ALMA DE EDUARDO LICEAGA

En el templo de San Vicente Ferrer, en Valencia, se celebraron solemnes funerales por el alma del infortunado torero Eduardo Liceaga. En la foto aparece la presidencia del acto religioso, en la que figuran la madre de Carlos Arruza, Cristóbal Becerra, el señor Algara, el Choni, el poeta Rafael Duyos, el maestro Romo y los señores Gozalbo y Oltra (Foto Finezas)



Manolo Bienvenida

El domingo, día 1 de septiembre, se celebraron cuatro corridas de toros. En Valencia tomó la alternativa el Vito, de manos de Arruza. Toros de Felipe Bartolomé. Vito, palmas y pitos, y silencio. Arruza, oreja y cogida leve. Choni, oreja en los dos.

En Palencia. Toros de Pablo Romero. Ortega, protestas y oreja. Pepe Luis, aplausos y aplausos. Andaluz, orejas y rabo, y oreja.

En San Sebastián. Toros de Rogelio Miguel del Corral. Armillita, pitos y oreja. Parrita, pitos y pitos. Rovira, vuelta y oreja.

En Constantina. Un toro de Concha y Sierra y cuatro de Conradi. Conchita Cintrón, orejas. Cañitas, orejas y rabo, y vuelta. Miguel del Pino, vuelta y orejas. Los dos espadas salieron en hombros.

En Madrid. Novillos de Sebastián González. José Somoza, que hacía su presentación, fué cogido al muletear a su primero y no pudo continuar la lidia; pero no sufre lesiones de importancia. Morenito de Talavera, valiente y con deseos de agradar, oyó muchos aplausos. Belmonteño, ovación en el segundo, silencio en el quinto y pitos en el sexto.

En Barcelona. Cinco novillos de Arcadio Albarrán y uno de Garrido. Antonio Caro, dos orejas y vuelta. Juan Bienvenida, vuelta y aplausos. Paco Roldán, ovación y aplausos.

En Córdoba. Novillos de Salvador Guardiola. Lagarto, oreja y oreja. Joselete, vuelta y aplausos. Martorell, vuelta y oreja.

En San Fernando. Novillos de Salas. Daniel Salas, vuelta y ovación. Cervera, vuelta, y orejas y rabo. Niño de la Palma, orejas y rabo, y palmas.

En Calahorra. Novillos de Fraile. Marimén Cimar, bien. El sobresaliente, el Cubano, cortó oreja. Islegas, oreja y palmas. Isidro Marín, orejas, y orejas y rabo.

En Ciudad Real. Novillos del conde de las Navas. Eleuterio Fauró, vuelta, ovación y aplausos. Estudiante II, oreja; sufrió un varetazo.

En Sevilla. Novillos de Hidalgo Hermanos. Pepe Anastasio, vuelta. Fuentes, palmas y regular. Pericás, aviso y regular. Manolo González, ovación y cogida leve.

En Barco de Avila. Novillos de Sánchez y Sánchez. Emilio Escudero, aplausos, y orejas y rabo. José Luis Dorado, orejas y rabo en los dos. Luis de los Reyes, bien y aplausos. Dorado y Escudero salieron en hombros.

En Llanes. Novillos de Sánchez. Alonso Vega, oreja y dos orejas.

En Montijo (Portugal). Homenaje a Gomes Junior. Toros de Moura. Simao da Veiga, bien. El mejicano Gregorio García, muy bien. Augusto Gomes Junior y el español Alfonso del Toro, dieron varias vueltas al ruedo. Alfonso del Toro ha sido contratado nuevamente.

El lunes, día 2, en Palencia. Segunda de feria. Toros de Albaserrada. Pepe Luis, aplausos y aplausos. Parrita, ovación y vuelta, y ovación. Rovira, dos orejas, y dos orejas y rabo.—B. B.



Inocente
es el vino para copiar

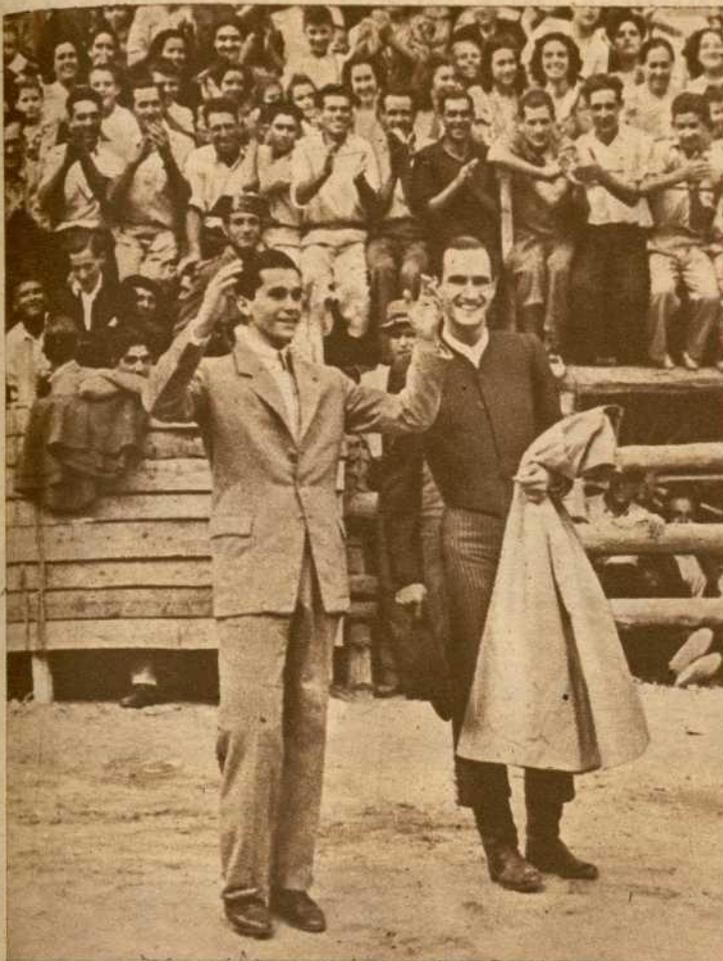
VALDESPINO
JEREZ

ACEYTE YNGLES



PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

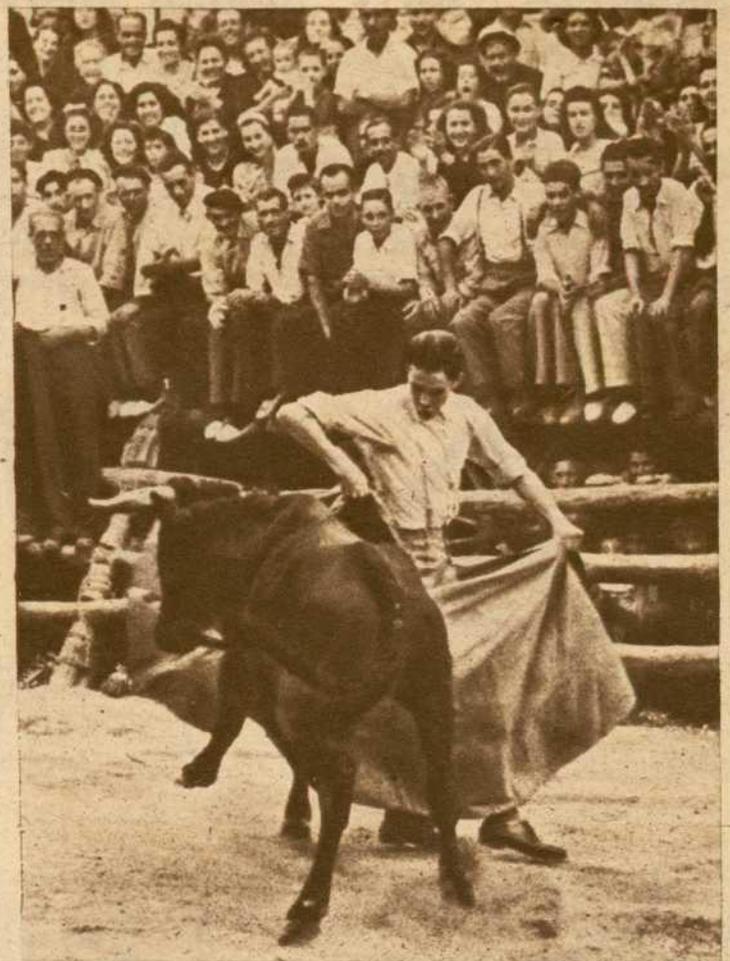
FESTIVAL TAURINO EN TORREBLANCA



CARLOS ARRUZA Y EL VITO

Vito y Arruza son aclamados con entusiasmo y salen a saludar

Vito torea por chiquelinas a uno de los novillos



Arruza hace el adorno del telón para que lo puedan ver los aficionados de Torreblanca



Carlos Arruza mafa de una gran estocada al segundo novillo



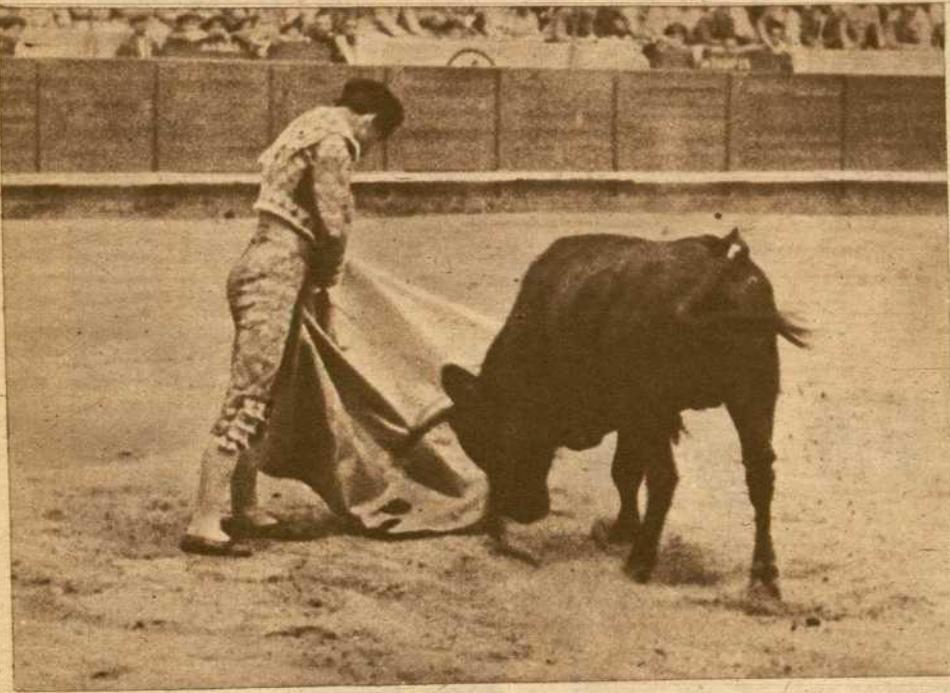
Arruza sale de la Plaza en hombros de los entusiasmados espectadores (Fotos Vidal)

Las cuadrillas se disponen a hacer el paseo. Arruza y Vito las capitanean, y los banderilleros lucen la clásica blusa huertana

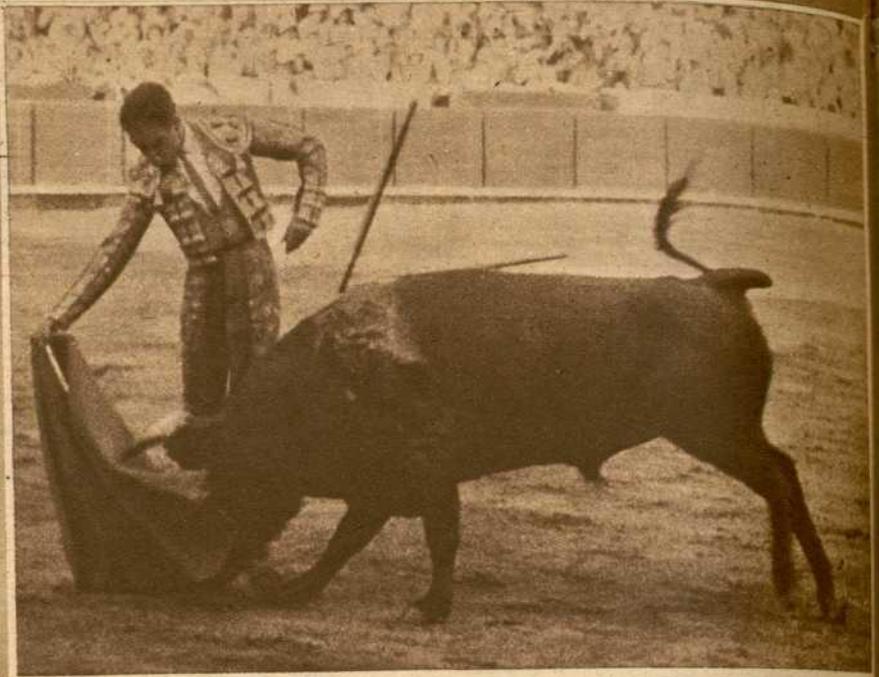


El viernes, en BARCELONA Toros de la Viuda de Félix Gómez
Balderas, Vito y Juanito Bienvenida

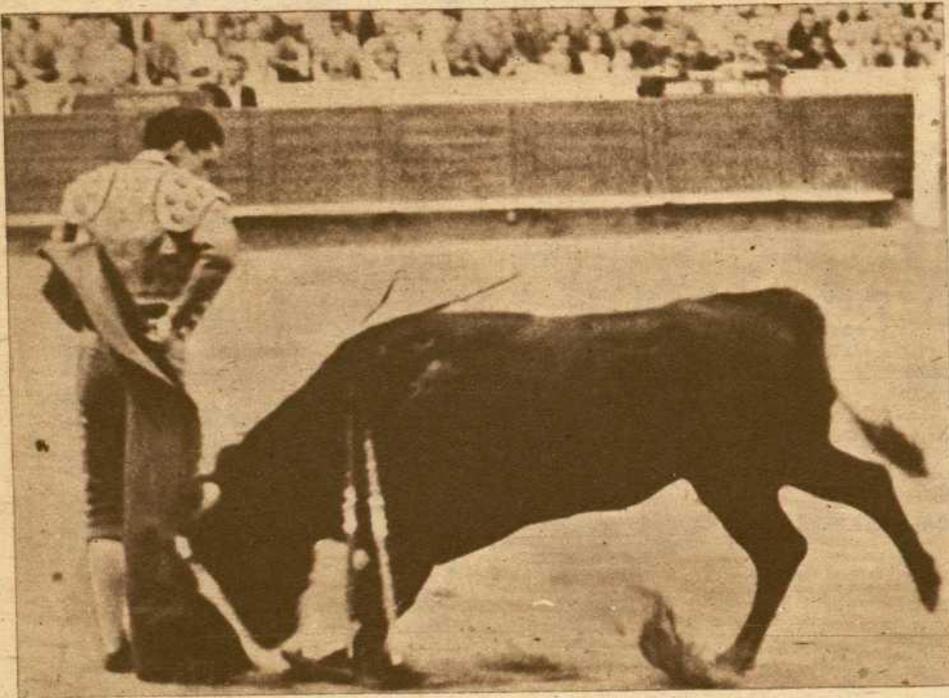
El domingo, en BARCELONA Toros de Albarrán y Garrido
Antonio Caro, Juanito Bienvenida y Roldán



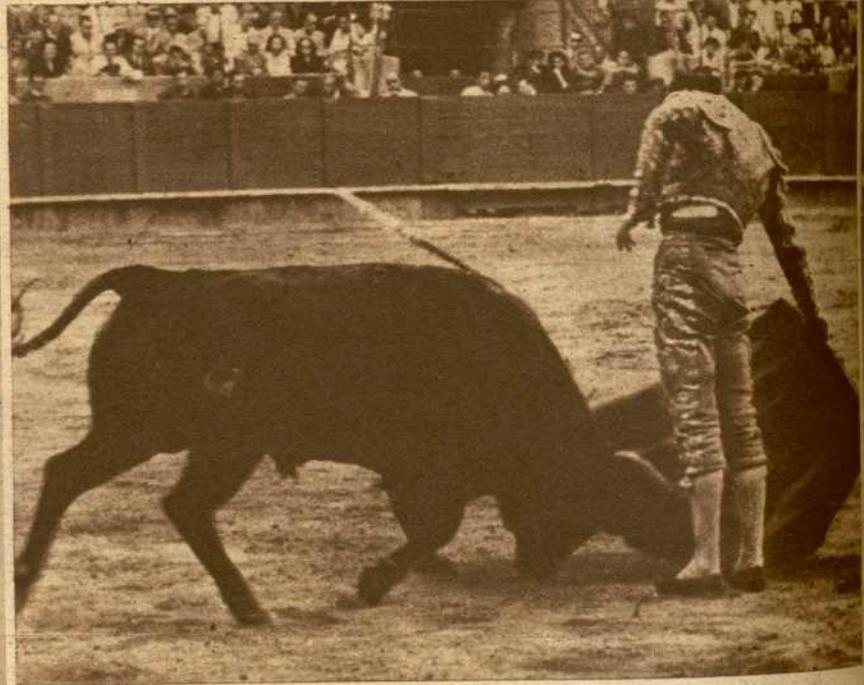
Una verónica de Balderas



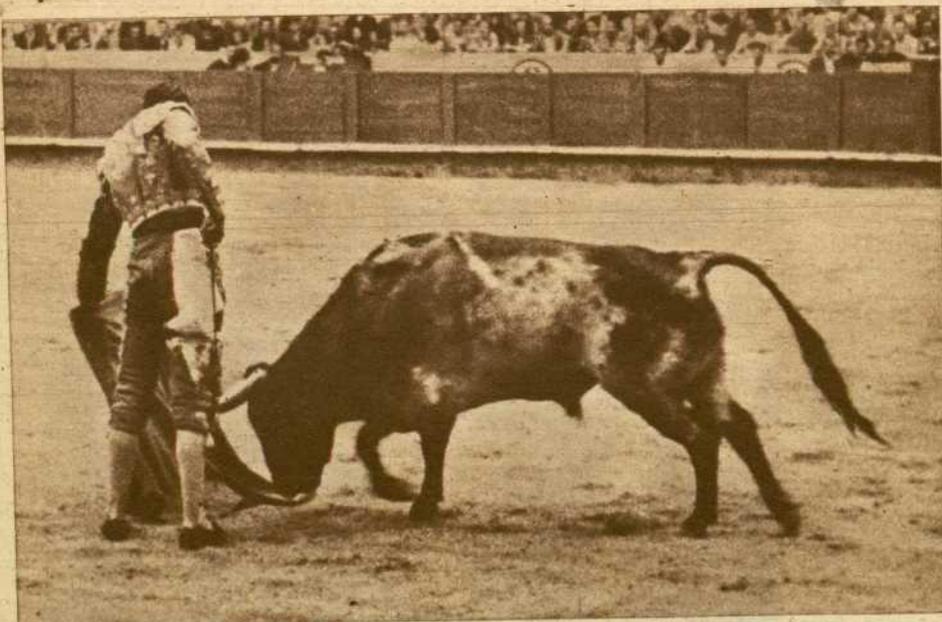
Un buen muletazo de Antonio Caro



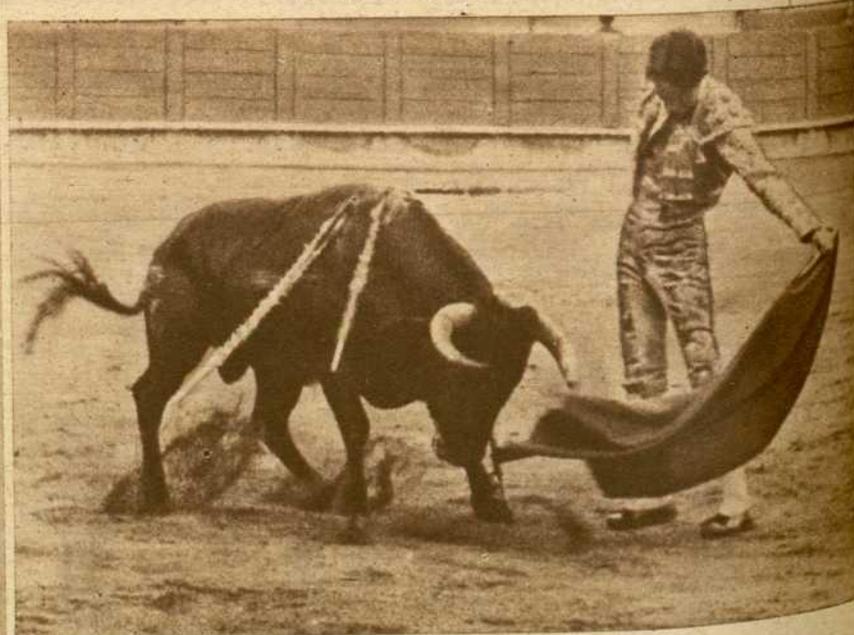
Vito se adorna en la faena de muleta



Juanito Bienvenida torea en redondo



Un natural de Juanito Bienvenida, después de la cogida (Fotos Valls)



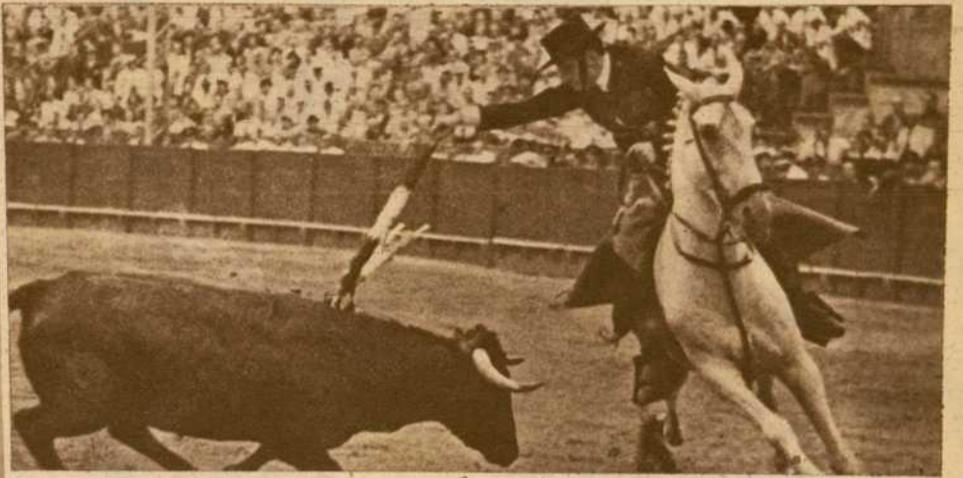
Un natural de Roldán (Fotos Valls)

El jueves, en MADRID **Roses de Solo, Moura y del Corral**
Manolo González, Belmonteño y Vizeu

El domingo, en SEVILLA **Uno de Guardiola y seis de Hidalgo**
Pepe Anastasio, Fuentes, Pericás y Manolo González



Quando pasan los novillos, el sevillano se estiraba en la verónica



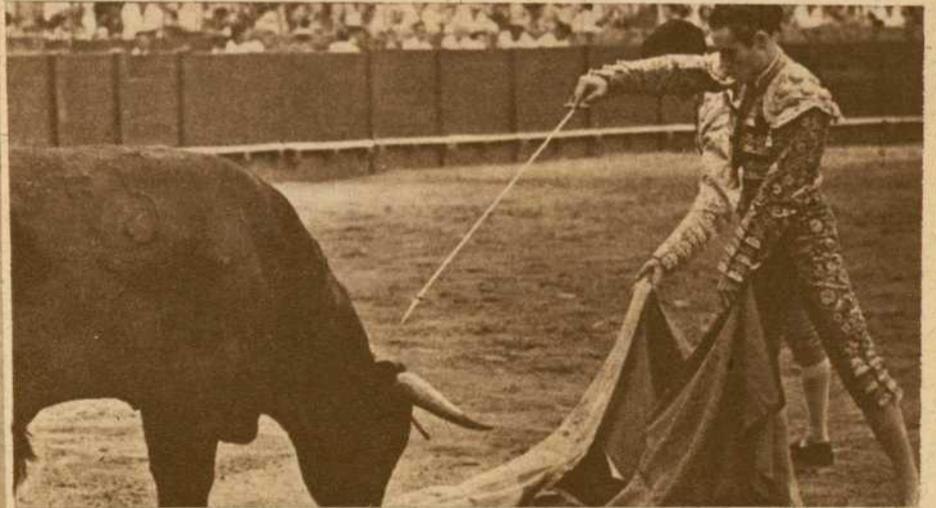
Pepe Anastasio en un gran par de banderillas



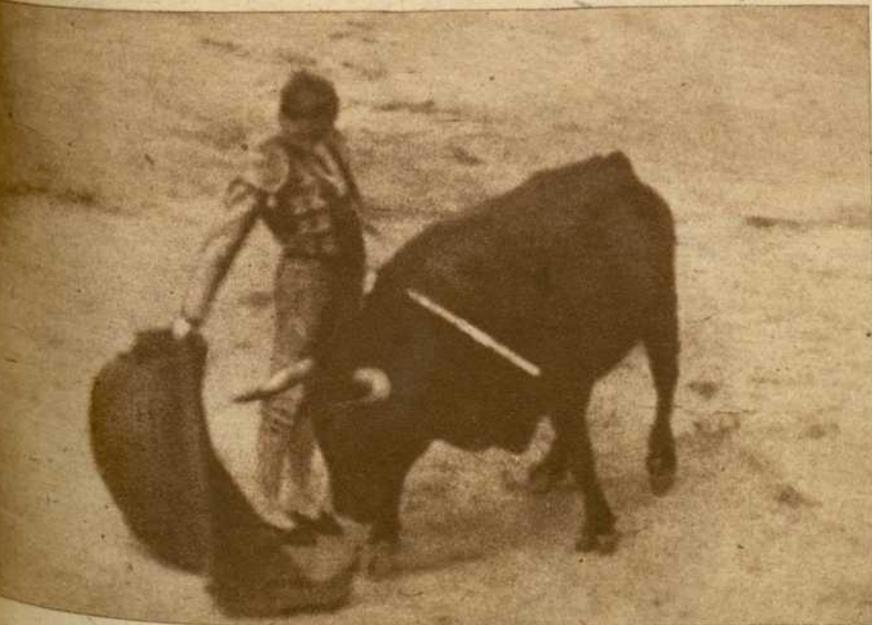
Belmonteño no pudo pararse con la muleta en este toro



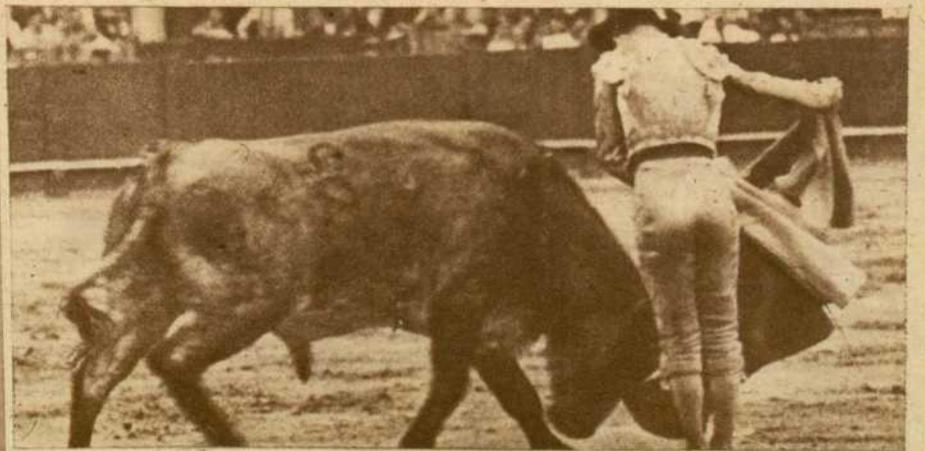
Fuentes en un pase de pecho con la derecha



Pericás descabella a su primer novillo



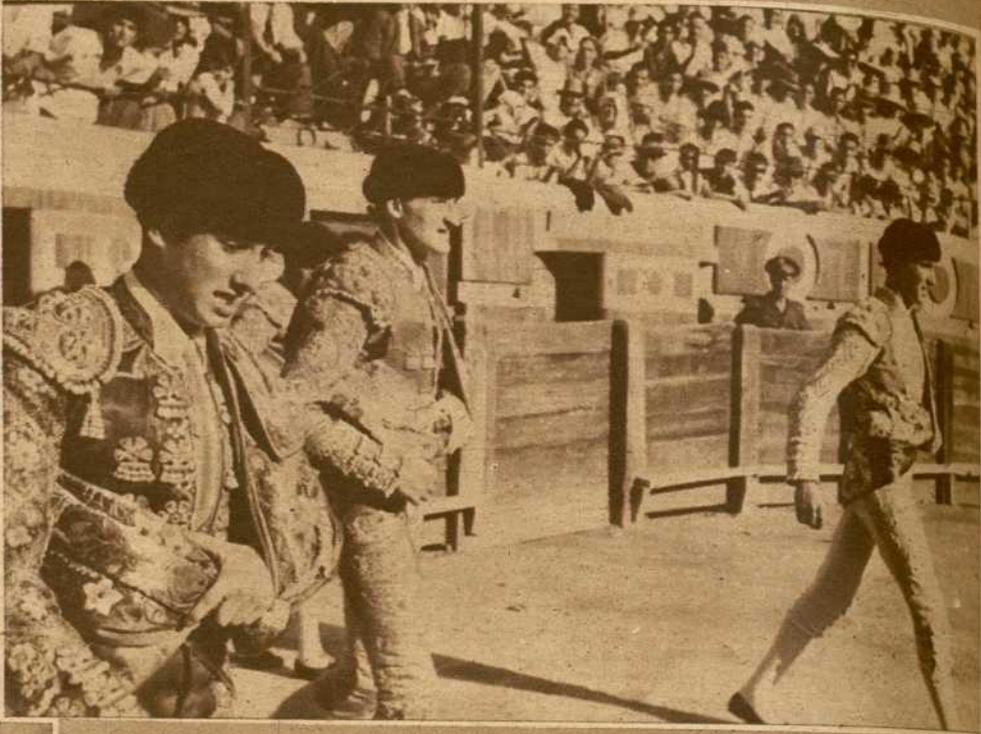
Diamantino Vizeu logró cuajar una faena al sexto (Fotos Zarkhijo)



Una verónica de Manolo González (Fotos Arenas)

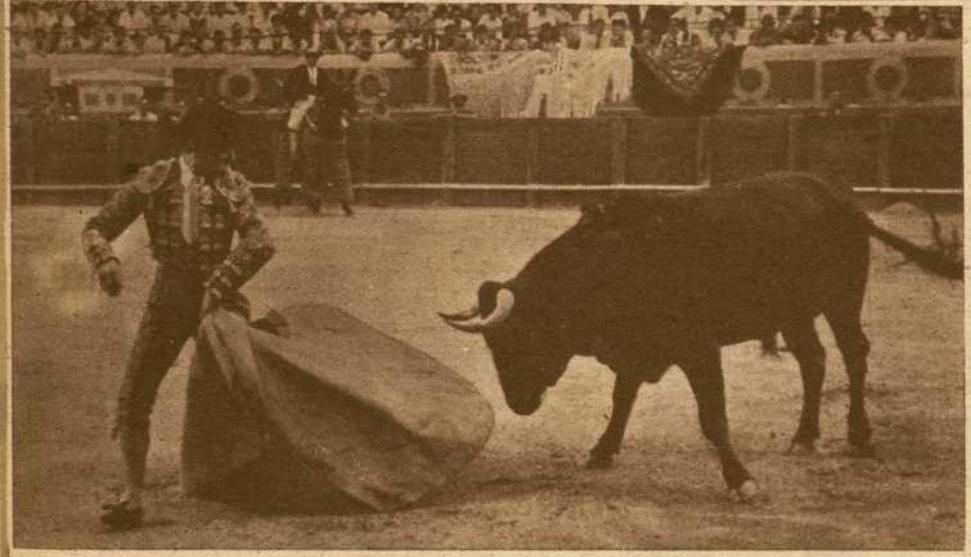
CORRIDA DE FERIA EN CIEZA

Reses de don Juan Sánchez (de Salamanca), para
**LUIS MIGUEL DOMINGUIN, PEPIN
MARTIN VAZQUEZ Y ROVIRA**

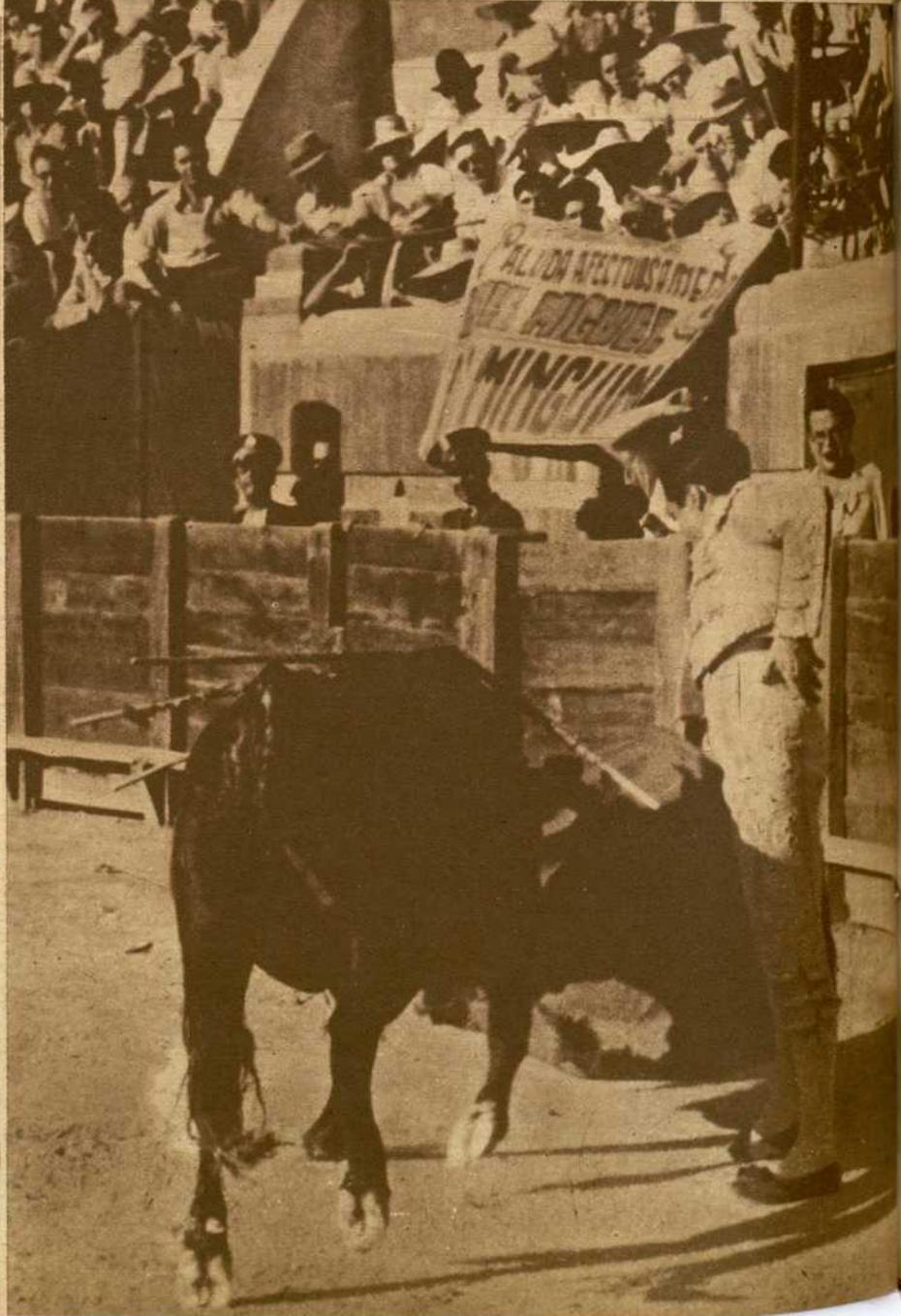
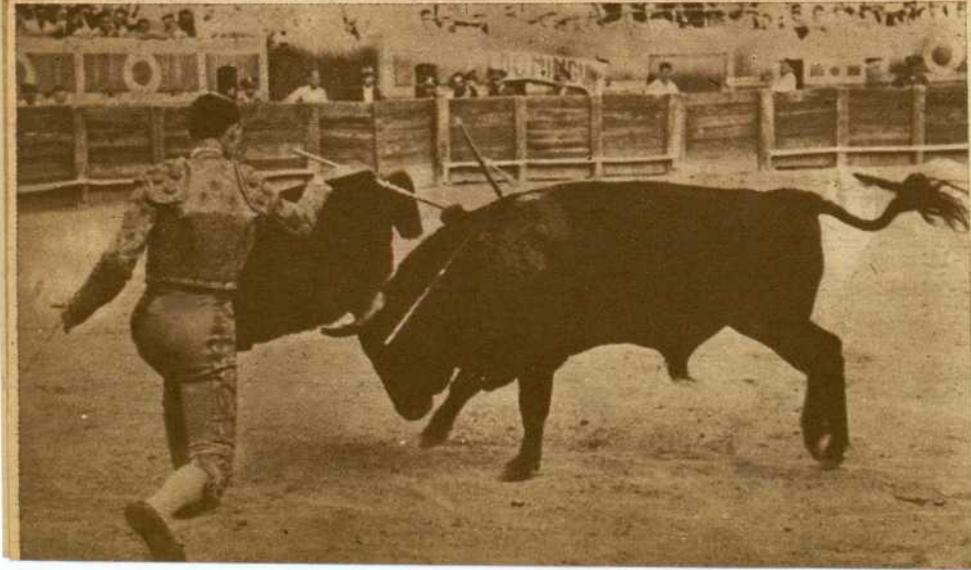


Luis Miguel, Pepin y Rovira hacen el paseo
Un gran pase de Luis Miguel con la mano derecha

Este aspecto presentaba una de las barreras de la Plaza de Cieza



Pepin Martín Vázquez se adorna a la salida de un quite
Rovira muletas con la mano derecha a su primero (Fotos López)





Una media verónica muy ceñida

SUERTES DEL TOREO

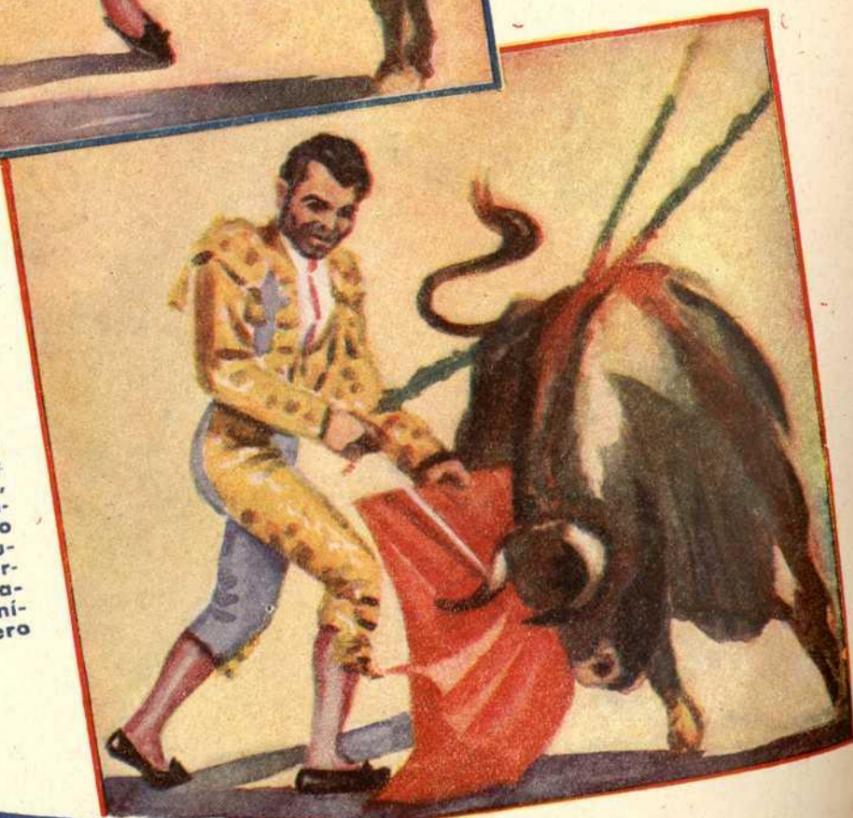
PASE AYUDADO POR BAJO

EL FUNDADOR...Y SUS SEGUIDORES



Todos los toreros, desde la iniciación de la Fiesta, castigaron a sus toros con pases por bajo, pero quien inició de forma eficaz el verdadero pase de castigo, luego ayudado por bajo, fué Ricardo Torres, Bombita

En nuestros tiempos, el matador de toros que más eficazmente ejecuta esta tan positiva suerte durante las faenas de muleta, es el siempre dominador y genial torero Domingo Ortega, cuyos enemigos se «parten» en esos ayudados por bajo magníficos del gran torero toledano



...Y PARA CALIDAD

COÑAC FUNDADOR

DOMEQCO